

**Audiolibro La Tierra Mile Zola**  
**Sinopsis Y Cap Tulos 1 Al 4**

**Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.**

**Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!**

Texto enviado por - **Pete Walsh** (*Willowbrook*) - - - - La Tierra (1887). Juan Macquart (hijo de Antoine y sobrino de Pierre Rougon) llega a Chateaudun, región eminentemente agrícola, donde descubrirá hasta qué punto puede llevar a las personas la ambición por poseer más tierra. No es un campo idílico, aunque por la primera estampa que Juan ve, una chiquilla cuidando de una vaca, se podría decir eso, pero en seguida las circunstancias desengañarán al lector que lo hubiera imaginado. Por la tierra, las personas se odian, se aman y se matan, cuando de poseer se trata, no hay ni amores filiales ni contemplaciones de ningún tipo. Existe también un enfrentamiento entre los que quieren seguir con las viejas formas de cultivo y los que quieren introducir reformas, nuevas maquinarias que los mismos campesinos temporeros rechazan, temiendo que ello signifique quedarse sin trabajo. Porque, en el campo, de un año a otro, puede pasarse de la más absoluta de las riquezas a la más miserable de las pobreza. Tal como Juan acaba reflexionando, todo se reduce a pasiones, muerte, dolor, lágrimas, simiente. LA TIERRA. Émile Zola. 1. AQUELLA mañana andaba Juan con un saquito de tela azul atado al cinto, sujetando su abertura con la mano izquierda, mientras con la derecha lanzaba al aire puñados de trigo, que iban a caer en los surcos del arado. Sus gruesos zapatos arrastraban la tierra cada vez que levantaba los pies al compás del balanceo de su cuerpo, al andar, en tanto que a cada movimiento del brazo mostraba los ribetes colorados de una chaquetilla de uniforme, muy usada. Caminaba con aire majestuoso delante de un arado que arrastraban dos caballos fustigados por el látigo del gañán. El pedazo de tierra, que tendría cerca de una media hectárea, era tan poco importante que su dueño, el señor Hourdequin, no había querido mandar a él la máquina de sembrar, que tenía ocupada en otra parte. Juan, que recorría aquellos campos de sur a norte, veía ante sí, a dos kilómetros de distancia, los edificios de la granja. Cuando llegó al final del surco que sembraba, alzó la vista, miró sin ver nada y dio un fuerte suspiro. Los edificios eran de paredes bajas, formando, en su conjunto, como una mancha negra, perdida en el llano que se extendía hacia Chartres. Bajo el cielo oscuro y nublado, propio de octubre, diez leguas de tierra cultivada alternaban con extensos brazos de verdor natural, sin que en toda aquella extensión se viera ni un cortijo, ni un árbol, nada que alterase la monotonía del panorama. Sólo hacia el oeste se dibujaba un bosquecillo que formaba otra mancha oscura. En medio, una serpenteante carretera, la de Chateaudun a Orleáns, blanquecina y polvorienta, discurría en línea recta durante cuatro leguas. En los bordes de la carretera, en toda aquella extensión, sólo se veían tres o cuatro molinos de viento que alternaban algo la abrumadora uniformidad del paisaje. Algunos pueblecillos formaban islotes de piedra en aquel mar; un campanario surgía, a lo lejos, en un pliegue del terreno. Juan se volvió y emprendió de nuevo su marcha de norte a sur, con el mismo balanceo, la mano izquierda en la abertura del saco y sacudiendo con la derecha el aire, tirando sin cesar puñados de trigo. Entonces tenía delante de sí, muy cerca, cortando la llanura como si fuera un foso, el estrecho valle del Aigre, pasado el cual comienza de nuevo la llanura, que se extiende hasta Orleáns. No se adivinaban los prados y la sombra de los árboles sino por una línea de grandes pinos, cuyas copas amarillentas sobresalían por encima del bosquecillo, como si fueran la punta de los hierros de una verja que encerrara el bosque. Del pueblecito de Rognes, edificado en la falda del monte, sólo se veían algunos tejados alrededor de la iglesia, que erguía su elevado campanario de pizarras grises, habitado por cuervos. Por el este, al otro lado del valle de Loira, donde dos leguas más allá, se ocultaba Cloves, se perfilaban las lejanas casitas de campo del Perche. Era aquello el antiguo Dunois, convertido hoy en el distrito de Chateaudun, entre el Perche y la llanura, en la falda de ésta, y precisamente en el sitio en que el terreno es menos fértil. Cuando estuvo al final del campo donde sembraba, Juan volvió a detenerse, echó una mirada al suelo y luego al camino de Cloyes, muy concurrido aquella tarde, porque era sábado, de carros de campesinos que se dirigían al mercado. Luego volvió a emprender su trabajo y su caminata. Siempre con el mismo paso iba hacia el norte y volvía hacia el sur, envuelto en el sutil polvillo del grano, en tanto que

detrás trabajaba incesantemente el arado, enterrando las semillas. Grandes lluvias habían retrasado aquel año la sementera; se trabajó en la seca hasta agosto, y los surcos estaban dispuestos desde hacía ya tiempo, profundos y limpios de terrones y hierbajos, esperando las semillas para hacerlas germinar con rapidez. Por tanto, ante el temor de las heladas, que suelen sobrevenir después de esas grandes lluvias extemporáneas, los labradores se apresuraban. El frío había sobrevenido inesperadamente. Por todas partes estaban sembrando; otro trabajador lo hacía trescientos metros más allá de Juan, hacia la izquierda; varios más se veían en todas direcciones. Eran pequeñas siluetas negras, de rasgos cada vez menos claros, que se perdían a lo lejos en una extensión de leguas y leguas. Pero todos tenían el mismo gesto, el mismo ademán, y en torno de ellos se adivinaba cierto revivir de la naturaleza. La llanura se estremecía hasta en sus más lejanos confines, hasta allá donde ya no se veían los sembradores. Daba Juan su última vuelta, cuando, yendo hacia Rognes, vio una vaca muy grande, colorada con manchas blancas, a la cual una muchacha, casi una niña, llevaba de una cuerda. La muchacha y el animal seguían el sendero que bordeaba el valle, al pie de la colina, y cuando, vuelto él de espaldas, hubo concluido de arrojar la simiente, el ruido de una carrera precipitada y unos gritos ahogados le hicieron levantar la cabeza. La vaca se había escapado y galopaba, arrastrando en su carrera a la muchacha, que se esforzaba por detenerla. Juan temió una desgracia y gritó: - ¡Suéltala, mujer! Ella no hacía más que suspirar trabajosamente e injuriar a la vaca con voz asustada. - ¡Coliche! ¡Maldita vaca! ¡Coliche!... ¡Maldita bestia!... ¡Ah, condenada!... Hasta entonces, corriendo y saltando cuanto le permitían sus fuerzas, había podido seguirla; pero tropezó, cayó una vez, se levantó para volver a caer algo más allá, y entonces el animal precipitó su carrera y la arrastró en pos de sí. La muchacha gemía desconsoladamente, sin defenderse, dejando tras ella un surco que iba marcando su cuerpo en la removida tierra. - ¡Suéltala!-seguida gritando Juan. ¡Suéltala! Gritaba maquinalmente, porque también él había echado a correr, comprendiendo lo que sucedía: la cuerda debía haberse arrollado alrededor de la muñeca y apretaría más a cada nuevo esfuerzo. Por fortuna, tomó a campo traviesa y apareció tan súbitamente delante de la vaca, que ésta, asustada, se detuvo. Juan desató la cuerda y sentó a la muchacha en la hierba. - ¿No te has roto nada? Pero ella ni siquiera se había desmayado. Se puso en pie y sentóse después nuevamente, levantándose las faldas hasta el muslo para mirarse las rodillas que le escocían. Luego empezó a respirar fuerte, porque le faltaba el aliento y no podía hablar. - ¡Caramba! ¡Aquí me duele un poco!... Pero puedo mover las piernas, y eso es señal de que no me he hecho nada. ¡He pasado mucho miedo! ¡Creí que me mataba! Tras examinar la muñeca enrojecida, la mojó con saliva y pegó a ella los labios, añadiendo: - La Coliche no es mala, pero desde ayer nos hace rabiar, porque está en celo... La llevo para que la cubra el toro de la alquería. - ¡De la alquería!-dijo Juan-. Está bien, te acompañaré, pues voy allá. Seguía tuteándola, tratándola como a una niña, que era lo que parecía por su endeblez a pesar de sus catorce años. Ella, con la cabeza erguida, miraba con seriedad a aquel mozo, de cara llena y regular, que, pese a sus veintinueve años, parecía un viejo a su lado. - ¡Ah! Le conozco; usted es Caporal, el molinero que se ha quedado de criado en casa del señor Hourdequin. Al oír aquel apodo que los campesinos le habían puesto, el joven sonrió; a su vez, la contempló sorprendido al ver que ya era casi una mujer, con aquel seno que se iba formando, con aquella cara adornada por dos ojos de mirar profundo, con aquellos labios abultados y aquella carne sonrosada y fresca como la de una fruta que está madurando. Vestía una falda oscura y chaqueta de lana negra, cubriéndose la cabeza con un gorrito redondo. Su piel era morena y estaba tostada por el sol. - ¡Pero si eres la hija menor del tío Mouche!-exclamó Juan-. ¡No te había conocido!... ¿No era tu hermana la querida de Buteau, el año pasado, cuando él trabajaba conmigo en la alquería? Ella contestó sencillamente: - Sí, soy Francisca... Mi hermana Elisa se fue con el primo Buteau y está ahora embarazada de seis meses... Se han marchado. Están en Orgeres, en la granja de la Chamade. - Los vi varias veces -observó Juan. Permanecieron un rato callados, mirándose, riendo él al recordar que había sorprendido a los dos amantes, una noche, detrás de un montón de mieses; mojóndose ella con saliva la dolorida muñeca, como si la humedad de sus labios calmase el ardor que le producía la rozadura de la cuerda. Mientras tanto, la vaca pacía tranquilamente la hierba de un prado vecino. El gañán se había ido con la yunta, dando un rodeo para llegar a la carretera. Desde donde ellos estaban se oía el aleteo de dos cuervos que revoloteaban incesantemente alrededor de la torre del campanario. Sonaron los tres toques del ángelus en el silencio profundo de los campos. - ¡Cómo! ¡Las doce ya!-dijo Juan-. Apresurémonos. Luego, viendo a la Coliche en el prado, añadió: - ¡Demonio, qué destrozo está haciendo tu vaca! Si la vieran... ¡Espera, voy a darle dos palos! - No, déjela-dijo Francisca, deteniéndole-. Ese campo es nuestro. La maldita me ha arrastrado en tierras de la parentela... Mi familia posee todo ese lindero del terreno hasta Rognes. Lo nuestro empieza aquí y llega hasta aquel mojón; luego, al lado, está lo de mi tío Fouan; más allá, lo de mi tía la Grande... Mientras hablaba, señalando al mismo tiempo las parcelas de tierra, llevó la vaca al sendero, y sólo entonces, cuando la tuvo nuevamente sujeta con la soga y ya sin peligro de ninguna clase, pensó en dar las gracias al joven. - ¡La verdad es que le debo un gran favor y que debiera ofrendar una vela por usted! ¡Gracias de todo corazón! Habían empezado a andar y seguían el sendero

que cruza el valle en toda su extensión. Los últimos ecos del ángelus acababan de apagarse; sólo se oía el ruido de las alas de los cuervos, que continuaban revoloteando. Detrás de ellos caminaba la vaca, y ni uno ni otro hablaban; guardaban el silencio de las gentes del campo, que a veces recorren legua tras legua, juntos, sin cambiar una sola palabra. Echaron una mirada a una máquina de segar, porque los caballos que la arrastraban dieron la vuelta cerca de ellos; el gañán que los guiaba los saludó y ellos le contestaron en el mismo tono grave. A su izquierda, seguían desfilando los carros que se encaminaban al mercado. - Allí va mi tío Fouan con mi tía Rosa, que deben de dirigirse a casa del notario -dijo Francisca con los ojos fijos en un carruaje como una cáscara de nuez que corría velozmente a un kilómetro de distancia. La muchacha tenía el buen ojo de los marineros, esa vista ejercitada y práctica en los detalles, capaz de reconocer a un hombre o a una bestia en la pequeña y movediza mancha de su silueta. - Sí, ya me han contado -repuso Juan-¿De modo que es cosa decidida que el viejo reparte sus bienes entre su hija y sus dos hijos? - Decidida; están citados hoy en casa del señor Baillehache -contestó la muchacha, sin dejar de mirar al carricoche-. A nosotros nos tiene sin cuidado, porque no hemos de estar por eso ni más flacos ni más gordos... Sólo lo sentimos por Buteau, porque mi hermana cree que tal vez se case con ella cuando tenga su parte... ¡Siempre está diciendo que no lo hace porque no puede uno casarse sin tener nada! Juan se echó a reír. - ¡Ese demonio de Buteau! ¡Éramos muy amigos!... ¡Ah, eso de engañar a las muchachas no le cuesta trabajo! Y si no las engaña, no se anda por las ramas tampoco; a puñetazos las rinde, cuando no puede conquistarlas con halagos. - ¡Es un cochino!-afirmó Francisca con acento de convicción-. No se le hace a una prima la trastada de dejarla plantada con la barriga hasta la boca. Pero se interrumpió bruscamente y con voz encolerizada exclamó: - ¡Eh, Coliche!... Espera y verás cómo te hago bailar... Ya estamos otra vez lo mismo. Se pone rabiosa esta maldita bestia cuando se encuentra así. Con una violenta sacudida de la cuerda hizo dar un respingo a la vaca. En aquel lugar la carretera se apartaba de la falda de la colina. El carricoche desapareció a lo lejos y ellos dos siguieron caminando por el llano, sin ver a su alrededor más que la interminable sucesión de las tierras de laboreo que se extendían por la llana. Entre los campos y los prados artificiales, el sendero se dirigía hacia la granja, que parecía estar al alcance de la mano y que cada vez se alejaba más. Los dos habían vuelto a caer en el mismo silencio de antes, sin desplegar los labios, como invadidos por la gravedad reflexiva de aquella tierra tan triste y tan fecunda. Cuando llegaron, el gran corral cuadrado de la alquería, cerrado por los edificios de los establos y por los otros corralillos, se hallaba desierto, pero en seguida, por la puerta de la cocina, apareció una joven, pequeña de estatura, vivaracha, descarada y guapa. - ¿Qué es eso, Juan? ¿No se come hoy? Desde que la hija de Cognet, un jornalero de Rognes, la Cognete, como la llamaba la gente cuando fregaba los platos de la granja a los doce años de edad, había ascendido a la categoría de criada y ama a la vez, se hacía, despóticamente, llamar “señora”. - ¡Ah! ¿Eres tú, Francisca?-continuó-. ¿Vienes por el toro? Pues tienes que esperar. El vaquero ha ido a Cloyes con el señor Hourdequin. Pero volverá pronto: ya debiera estar aquí. Como Juan se decidiera a entrar en la cocina, ella le tomó por la cintura, frotándose contra él, riendo a carcajadas, sin importarle que la vieran, como enamorada deseosa que no se contentaba con ser la amante de su amo. Francisca, que se había quedado sola, esperó pacientemente, sentada en un banco de piedra, contemplando las gallinas que picoteaban y escarbaban con las patitas una capa de estiércol, de la que escapaba un vaporcillo azulado que parecía humo. Al cabo de media hora, cuando Juan volvió a presentarse, comiendo un pedazo de pan con manteca, la muchacha no se había movido. El joven se sentó a su lado, y como la vaca se agitase inquieta, golpeándose los costados con la cola, acabó por decir: - Es un fastidio que no haya vuelto ya. La muchacha se encogió de hombros, como para declarar que no tenía prisa. Luego, al cabo de otro rato de silencio, le preguntó: - ¿De modo, Caporal, que usted se llama Juan a secas? - No, por cierto. Me llamo Juan Macquart. - ¿Y no es de por acá? - No; soy provenzal, de Plassans. Ella había levantado la vista para examinarle, sorprendida de que alguien pudiera ser de tan lejos. - Después de la batalla de Solferino -continuó Juan-, hace dieciocho meses, volví de Italia con mi licencia absoluta y un camarada me trajo aquí... Como no me gustaba mi antiguo oficio de molinero, decidí quedarme en la granja. - ¡Ah!-dijo ella simplemente, sin separar la vista de Juan. En aquel momento la vaca mugió, y se oyó un ruido sordo que salía de la cuadra, cuya puerta estaba cerrada. - ¡Mira, mira-exclamó Juan-, el tunante de César la ha oído!... Escucha cómo muge ahí dentro... Luego se interrumpió. - Mira -dijo-; el vaquero debe de haberse quedado con el señor Hourdequin. Si quieres, te traeré el toro y no necesitarás volver otra vez. Entre los dos despacharemos el asunto, sin necesidad del vaquero. - Sí, será lo mejor-repuso Francisca. Juan abrió la puerta de la cuadra y preguntó: - ¿Tendremos que atar a la vaca? - ¿Atarla? No, no vale la pena... Está deseándolo, y ni siquiera se moverá. Abierta la puerta del establo, se vieron en dos filas, a un lado y a otro, las treinta vacas de la granja, unas echadas en la paja, otras rumiando tranquilamente; en un rincón estaba el toro, un animal holandés, negro con manchas blancas, que estiraba el cuello y abría la nariz, dando resoplidos y esperando el momento de emprender su tarea. Cuando lo desataron, salió lentamente, pero de pronto se detuvo, como sorprendido de tanta luz y de tanto aire; permaneció un

momento inmóvil, con las patas rígidas, moviendo la cola. La vaca, sin moverse, le miraba con sus ojos inexpresivos y mugía suavemente. Entonces el toro avanzó, se acercó a ella, le puso la cabeza en la grupa, separó la cola de la Coliche y la lamó hasta las ancas; ella le dejaba hacer sin moverse siquiera y con la piel contraída por un estremecimiento. Juan y Francisca, serios, graves y silenciosos, esperaban. Cuando estuvo en disposición, Cesar montó a la Coliche, dando un salto brusco que hizo retremblar el suelo del corral. La vaca no se había bajado; el toro la estrechaba con las dos patas delanteras. Pero ella, animal de gran alzada, resultaba tan alta para el toro, que éste no alcanzaba. Así lo comprendió e hizo un esfuerzo inútil por subirse más y atraerla. - Es demasiado pequeño -dijo Francisca. - Sí, un poco -repuso Juan-. Pero no importa; ya se arreglará él. Ella movió la cabeza, y como César trabajaba todavía inútilmente, la muchacha se decidió. - No. hay que ayudarle... Y con aire tranquilo y atento, como quien se ocupa de una tarea seria, se adelantó. El cuidado que ponía en la operación le hacía fruncir el entrecejo, entreabrir los labios rojos y mantener inmóviles sus facciones. Levantó el brazo, cogió el miembro del toro y lo acercó, dirigiéndolo y sosteniéndolo. César reunió todas sus fuerzas y penetró de un solo impulso. Luego se retiró. Estaba hecho; era el golpe del sembrador que hunde en la tierra un grano de simiente. Sólida, con la impasible fertilidad de la tierra que se siembra, la vaca había recibido, sin hacer un movimiento, el semen del macho. Francisca retiró el brazo, diciendo: - Ya está. - Sí, ha sido bueno -respondió Juan con aire de convicción, mezclado a ese acento del obrero cuando habla de una obra hecha de prisa y bien. No pensó siquiera en gastar una de las bromas que los mozos de labranza solían decir a las muchachas que llevaban allí sus vacas. Aquella chiquilla parecía encontrarlo todo tan sencillo y tan necesario, que verdaderamente, no hubiera sido honrado reírse de ella. Pero hacía un momento que Santiaguilla estaba en la puerta del corral y con una sonrisa peculiar en ella, dijo alegremente: - ¡Pues vaya! ¿Con la mano también? ¿Tan mal acostumbrada te tiene tu novio, que necesita esas cosas? Juan soltó la carcajada. Francisca se puso colorada como una amapola. Para ocultar su turbación, mientras César regresaba lentamente al establo y la Coliche comía un manojo de hierba, se registró el bolsillo, sacó el pañuelo, desató un nudo donde llevaba unas monedas, y pagó los cuarenta sueldos que valía el salto del toro. - Ahí está el dinero-dijo-. Vaya, buenas tardes. Se fue con su vaca, y Juan, que había vuelto a tomar el saquito con la simiente, la siguió, diciendo a Santiaguilla que iba al campo de Poteau, según las órdenes que el señor Hourdequin le había dado. - ¡Bueno!- respondió ella-. Allí estará el arado. Luego, cuando el joven se reunió con la muchacha y empezaron a alejarse, uno detrás del otro, por el estrecho sendero, les gritó otra vez con tono zumbón: - No hay cuidado, ¿Eh?. Si os perdéis, la chiquilla sabe bien el camino. El corral de la granja volvió a quedar desierto. Ni uno ni otro se veían ya. Caminaban lentamente y sin hacer más ruido que el que producían sus zuecos al golpear las piedras. Él no veía más que la nuca de niña de Francisca, adornada de vello negro. Después de haber andado unos cincuenta pasos, Francisca habló: - Hace mal en meterse por los ojos de los hombres -observó reposadamente-. Yo le hubiera podido decir... -y volviéndose hacia el joven, mirándole con aire malicioso, añadió-: ¿No es verdad que se los pone al señor Hourdequin como si fuese su mujer de veras?... Estoy segura de que usted sabe algo y aun mucho de eso, ¿no? Juan se turbó y puso cara estúpida. Luego respondió: - ¡Diablo! Ella hará lo que le da la gana; eso es cuenta suya. Volviendo la espalda, Francisca se puso en marcha otra vez - Es verdad... Bromeo con usted porque podría ser mi padre y esto no tiene consecuencias... Pero, mire, desde que Buteau hizo aquella cochinería a mi hermana, he jurado que antes me haré pedazos que tener un amante. Juan bajó la cabeza y no hablaron más. El campo de Poteau estaba en la parte baja del sendero, a la mitad del camino de Rognes. Cuando llegó allí, el mozo se detuvo. Le esperaba el arado; de un saco de semilla, descargado en un surco, llenó su talego, diciendo: - Adiós, pues. - Adiós-contestó Francisca-y gracias otra vez. Pero él sintió cierto temor y, enderezándose, le gritó: - ¿Y si la Coliche vuelve a las andadas? ¿Quieres que te acompañe hasta el fin? Ella estaba ya lejos. Volvióse y gritó con voz serena y fuerte: - ¡No, no! No hay peligro ya. Con el talego atado sobre el vientre, Juan comenzó a recorrer la tierra, sembrando; alzaba los ojos y miraba a Francisca, cuya silueta se iba achicando detrás de su indolente vaca, que balanceaba su enorme cuerpo. Cuando andaba en sentido inverso dejó de verla; pero, a la vuelta, la vio otra vez más achicada, tan pequeña, que parecía una florecilla con su fino talle y su gorro blanco. Tres veces la vio disminuir de tamaño de aquel modo; después la buscó, pero ya debía de haber quedado oculta tras la iglesia. Dieron las dos; el cielo estaba gris y frío, como si unas capas de ceniza hubieran ocultado el sol para muchos meses, hasta la primavera. Una mancha más clara hacía palidecer las nubes por el lado de Orleáns, como si de aquel lado resplandeciera el sol a dos leguas de allí; bajo aquella mancha destacábase el campanario de Rognes, mientras que el pueblo quedaba oculto en el pliegue invisible del valle del Aigre. Pero hacia Chartres, al norte, la línea del horizonte tenía la limpieza de una línea trazada con tinta entre la uniformidad terrosa del vasto cielo y el desarrollo sin límites de la llanura. Después de la comida parecía haber aumentado el número de los sembradores. Cada parcela tenía el suyo; se multiplicaban y pululaban como negras hormigas laboriosas ejecutando algún gran trabajo, encarnizándose en una labor desmesurada, gigantesca para

su pequeñez, y, sin embargo, distinguíase, aun en los más lejanos, el gesto de obstinación, siempre el mismo aquel empeño de insectos en lucha con la inmensidad del suelo, victoriosos, al fin, del tiempo y del espacio. Después del campo del Poteau, Juan sembró, hasta que fue de noche, los de las Rigolles y el de los Cuatro Caminos. 2. LA casa de maese Baillehache, notario de Cloyes, estaba situada en la calle Gronaise, a la izquierda, según se va a Chateaudun; era una casita de un solo piso, en cuya esquina se hallaba el único reverbero que iluminaba aquella calle, desierta toda la semana y sólo animada los sábados por los campesinos que acuden al mercado. Desde lejos se veían brillar sus dos aleros, resaltando sobre la línea más baja que formaban los edificios contiguos; la casa tenía por detrás un pequeño jardín que bajaba hasta el río Loira. Aquel sábado, en la pieza que servía de despacho y que daba a la calle, a la derecha de la entrada, el escribiente, un muchacho de quince años, delgado y pálido, había levantado una de las cortinas de muselina para ver pasar la gente. Los otros dos pasantes, uno viejo, gordinflón y muy sucio, y el otro un poco más joven, seco y de color bilioso, escribían en una mugrienta mesa de pino, que componía todo el mobiliario con siete u ocho sillas y una estufa que no se encendía hasta diciembre, aunque por el tiempo de todos los santos nevaba. Los estantes que adornaban las paredes y las verdosas carpetas gastadas por las puntas, de las que desbordaban amarillentos legajos, emponzoñaban la habitación con el olor de tinta y papeles viejos apolillados. Sentados uno al lado del otro, dos campesinos, hombre y mujer, esperaban con una inmovilidad y paciencia dignas de respeto. Tantos papeles y, sobre todo, aquellos dos señores escribiendo tan de prisa, les preocupaban, despertando en ellos ideas de procesos y de dinero. La mujer, de unos treinta y cuatro años, muy morena, de rostro agradable, había cruzado sus manos secas de trabajadora sobre la saya de paño negro bordada con terciopelo, y con sus vivos ojos escudriñaba los rincones, pensando en los títulos de propiedad que allí dormían, mientras que el hombre, unos cinco años mayor que ella, coloradote y plácido, con pantalón negro y amplia blusa azul nueva, tenía en las rodillas su sombrero redondo de fieltro, sin que la sombra de un pensamiento animase su ancha cara rasurada, cuya monotonía apenas alteraban dos ojos azules, de una fijeza de buey que descansa. Abrióse una puerta y maese Baillehache, que acababa de comer en compañía de su cuñado, el labrador Hourdequin, apareció muy colorado, todavía fresco para sus cincuenta y cinco años, con sus gruesos labios y sus párpados llenos de arrugas, que hacían sonreír continuamente a su mirada. Usaba gafas y se tiraba constantemente de los pelos grises de las patillas. - ¡Ah! ¿Es usted Delhomme?-dijo-. ¿Se ha decidido el tío Fouan-a hacer la partición? La mujer fue quien contestó: - Sí, señor Baillehache... Estamos todos citados aquí para ponernos de acuerdo y para que nos diga lo que hay que hacer. - Bueno, bueno, Fanny; ya veremos... Acaba de dar la una y hay que esperar a los demás. El notario prolongó un poco la conversación, hablando del precio de los granos y de la baja de hacía dos meses, y atestiguando a Delhomme la consideración amistosa debida a un labrador que poseía una veintena de hectáreas, un criado y tres vacas. Después fue a su despacho. Los pasantes no habían levantado la cabeza, exagerando el rasgueo de sus plumas, y los Delhomme siguieron esperando, inmóviles. Había tenido suerte aquella Fanny al casarse con un novio honrado y rico, que ni siquiera la había dejado encinta antes del matrimonio, ella, que no esperaba del tío Fouan más que unas tres hectáreas. Su marido, por lo demás, no se arrepentía, porque no había podido encontrar ama de casa más inteligente y activa, hasta el punto de que se dejaba guiar en todo por ella, pues era hombre de talento muy limitado, si bien tan sereno y recto, que con frecuencia se le tomaba en Rognes por árbitro. En aquel momento el escribiente, que miraba a la calle, ahogó una carcajada, murmurando al oído de su vecino, el viejo gordinflón y sucio: - ¡Oh, Jesucristo! Fanny se había inclinado vivamente al oído de su marido. - Mira, déjame hacer... Quiero mucho a papá y a mamá, pero no me gusta que nos roben; desconfiemos de Buteau y de ese canalla de Jacinto. Hablaba de sus dos hermanos, porque había visto por la ventana llegar al mayor, aquel Jacinto al que toda la comarca conocía con el apodo de Jesucristo; un haragán y un borracho que, a su vuelta del servicio, después de haber hecho la campaña de África, se había dedicado a vagar por los campos, rehuyendo todo trabajo regular, viviendo de la caza furtiva y del merodeo, como si se encontrara todavía entre beduinos. Entró un mocetón en toda la fuerza muscular de sus cuarenta años, con los cabellos ensortijados, la barba en punta, larga e inculta, con un rostro de Cristo viejo. Desde por la mañana estaba ya ebrio, con el pantalón lleno de barro, la blusa manchada y la gorra caída sobre la nuca; fumaba un cigarro, húmedo y negro, que apestaba. Sin embargo, en sus ojos, de vago mirar, veíase una tunantería que no parecía de mal género y la afición a una crápula de buena clase. - ¡Qué!, ¿no han venido aún mis padres?-preguntó. El pasante delgado, amarillento por la bilis, le contestó con un movimiento de cabeza negativo. Entonces quedó un momento apoyado en la pared mientras el cigarro humeaba entre sus dedos. No tuvo más que una ojeada para su hermana y su cuñado, que aparentaron no haberle visto. Luego, sin añadir una palabra, salió a esperar afuera. - ¡Oh Jesucristo! ¡Oh Jesucristo!-repetía el chiquillo mirando a la calle, como si aquel hombre despertara en su memoria recuerdos de historias divertidas. Apenas habían pasado cinco minutos cuando llegaron los Fouan, dos viejos de movimientos calmosos y prudentes. El padre, en otro tiempo muy robusto, se había secado en

un trabajo duro, en una áspera pasión por la tierra, y su cuerpo se encorvaba, como para volver a aquella tierra violentamente deseada y poseída. Sin embargo, salvo las piernas, estaba fuerte aún y tenía buen aspecto, con sus patillas blancas y su gran nariz de familia que aguzaba más su rostro descarnado y cruzado por grandes arrugas. La madre, más pequeña y gruesa, poseía un vientre que denunciaba un principio de hidropesía. El rostro color de avena, los ojos redondos y una boca que una infinidad de arrugas parecían cerrar como bolsa de avaro. Estúpida, reducida en su casa a un papel de bestia dócil y laboriosa, siempre había temblado ante la autoridad despótica de su marido. - ¡Ah, ya están aquí!- exclamó Fanny, levantándose. Delhomme había dejado también su silla y detrás de los viejos reaparecía Jesucristo, tambaleándose y sin decir palabra. Restregó el cigarro contra la pared para apagarlo y guardó la colilla en un bolsillo de la blusa. - Aquí estamos-dijo Fouan-. Sólo falta Buteau... ¡Nunca ha de llegar a tiempo ese bribón! - Le he visto en el mercado-observó Jesucristo con voz enronquecida por el aguardiente-. No tardará. Buteau, el hijo menor, de veintisiete años, debía el calificativo de bribón a su mala cabeza, siempre destornillada, encariñada con sus ideas, que discrepaban mucho de las de los demás. Ni aun de chico había podido entenderse con sus padres, y más tarde, después de haber sacado un buen número en las quintas, huyó de la casa paterna para contratarse primero en la granja de la Borderie y luego en la de la Chamade. Todavía continuaba el padre gruñendo cuando se presentó él, vivo y decididor. La gran nariz de los Fouan había quedado en él más chata, mientras que las mandíbulas habían avanzado. Tenía las sienes deprimidas, la parte alta de su cabeza se estrechaba, y, tras la burlona expresión de sus ojos grises, veíase malicia y violencia. Heredó de su padre los deseos brutales y la terquedad en la posesión, agravados por la avaricia de la madre. A cada disputa, cuando los dos viejos le colmaban de reproches, él respondía siempre: "¡Esto es lo que me faltaba!" - ¡Bueno!-dijo-; hay cinco leguas de la Chama- de a Troyes y, a pesar de eso, llego al mismo tiempo que vosotros. Comenzaron todos a disputar, gritando y discutiendo sus asuntos como si estuvieran completamente solos. Los pasantes, incomodados, los miraban de reojo, cuando el notario, abriendo de nuevo la puerta de su despacho, les dijo: - ¿Están ya todos? ¡Vamos, entren! Aquel despacho daba al jardín, una pequeña faja de terreno que bajaba hacia el Loira, en la cual se percibían los árboles sin hojas. Sobre la chimenea había un reloj de mármol negro, entre dos legajos, y la mesa de nogal, un estante y sillas componían todo el mobiliario. El señor Bailhache se sentó, desde luego, delante de su mesa, como en un tribunal, mientras que los campesinos, entrando uno tras otro, vacilaban mirando las sillas sin saber cómo y dónde debían sentarse. - ¡Vamos, siéntense! Entonces, empujados por los demás, Fouan y Rosa quedaron en primera fila, Fanny y Delhomme se pusieron detrás, mientras Buteau se aislaba en un rincón contra la pared, y Jacinto permanecía en pie delante de la ventana, cuya luz ocultaba con sus anchos hombros. Pero el notario, impaciente, le dijo: - ¡Vamos, siéntese, Jesucristo! El señor Bailhache tuvo que abordar el asunto. - ¿De modo, tío Fouan, que está decidido a partir sus bienes, en vida, entre sus dos hijos y su hija? El viejo no contestó; los demás continuaron inmóviles como estatuas, y reinó el silencio. El notario, acostumbrado a aquellas escenas, no se apresuraba tampoco. Hacía doscientos cincuenta años que su cargo estaba vinculado a su familia, y los Bailhache, de padres a hijos, habían ido tomando de sus clientes campesinos la reflexiva pesadez y la maliciosa circunspección que llena de largas pausas y de palabras inútiles los debates menos importantes. Tomó unas tijeras y comenzó a raspase las uñas. - ¿No es cierto que está decidido? -repetió, al fin, mirando con fijeza al viejo. Éste se volvió, y mirando a todos antes de hablar, como si buscara las palabras, dijo: - Sí, es posible, señor Bailhache. Le hablé ya de ello hace tiempo. Usted me dijo que esto había que pensarlo bien; lo he pensado más, y veo que será preciso hacerlo. Y explicó el por qué, en frases interrumpidas, cortadas por continuos incisos. Pero lo que no decía, aunque era fácil de comprender por su modo de expresarse, era la tristeza infinita, la rabia sorda que le producía separarse antes de la muerte de aquellos bienes tan ardientemente deseados, cuidados después con encarnizamiento, y aumentados luego, terrón a terrón, con la más sórdida avaricia. Tal parcela representaba meses de pan y de queso, inviernos sin lumbre, veranos de rudos trabajos, sin otro alimento que algunos tragos de agua. Había amado la tierra como a mujer que mata y por la cual se asesina. ¡Ni esposa, ni hijos, ni nadie, ni nada humano había existido para él más que la tierra! Y he aquí que había envejecido y tenía que ceder aquella tierra tan querida a sus hijos, como su padre se la había cedido a él, rabiando por su impotencia. - Mire, señor Bailhache, hay que hacerse cargo de que las piernas flaquean; los brazos ya están débiles y, ¡Diablo!, la tierra gasta... Acaso habría podido continuar si hubiera estado en buena inteligencia con los hijos. Y lanzó una mirada a Buteau y a Jesucristo. Este ni pestañeaba, como si estuviera abstraído. - Pero ¿quiere que tome gentes extrañas, que nos robarían? No, los criados cuestan caros y se comen las ganancias. Yo no puedo más. Este año, de diecinueve tahallas que poseo, apenas he podido cultivar la cuarta parte; lo preciso para comer, el grano para nosotros y la hierba para las dos vacas... Comprenderá que me parte el corazón ver esta buena tierra descansando y sin producir nada. Sí, prefiero abandonarlo todo antes que presenciar esta ruina. Se le ahogó la voz e hizo un gran gesto de dolor y de desesperación. Su mujer, sumisa, aplanada por medio siglo de obediencia y de trabajo,



escuchaba sin chistar. - El otro día -continuó el viejo-, al hacer Rosa los quesos, cayó de cabeza en la artesa. A mí nada me disgusta tanto como venir en carro al mercado... Y luego, cuando uno se muere, no se lleva las tierras consigo. Hay que dejarla, hay que dejarla... ¡En fin, bastante tiempo hemos trabajado y queremos morir tranquilos!... ¿No es así, Rosa? - ¡Verdad es; tan cierto como nos está viendo Dios! -asintió la vieja. Reinó de nuevo el silencio. El notario acabó de cortarse las uñas. Luego dejó las tijeras sobre la mesa, diciendo; - Sí, ésas son razones muy atendibles; con frecuencia se ve uno obligado a la donación... Debo añadir que ésta ofrece una economía a las familias, porque los derechos de herencia son más crecidos que los de cesión de bienes... Buteau, a pesar de su indiferencia afectada, no pudo contener este grito: - ¿De veras, señor Baillehache? - Sin duda. Puede ahorrar algunos centenares de francos. Los demás se agitaron: hasta se iluminó el rostro de Delhomme, mientras el padre y la madre participaban también de aquella satisfacción. Desde el momento en que costaba menos, el negocio era cosa hecha. - Debo hacerle las observaciones de costumbre-continuó el notario-. Muchas gentes combaten la cesión de bienes, que consideran como inmoral, porque destruye los lazos de familia, según ellas... Podría citar, en efecto, casos deplorables de hijos que se portan muy mal cuando sus padres les han cedido los bienes... Los dos hijos y la hija escuchaban con la boca abierta. - Que lo conserve todo nuestro padre, si tiene esas ideas-interrumpió secamente Fanny, que era muy susceptible. - Siempre nos hemos portado bien -dijo Buteau. - El trabajo no nos asusta -añadió Jesucristo. El señor Baillehache los calmó con un gesto. - ¡Déjenme acabar! Sé que son buenos hijos y honrados trabajadores, y que con ustedes no hay peligro de que un día se arrepientan sus padres. Hablaba sin ironía, repitiendo las frases amistosas que, en veinticinco años de profesión, eran para él una costumbre. Pero la madre, como si no hubiese comprendido, paseaba sus miradas de su hija a sus dos hijos. Habíalos educado sin ternura, con la frialdad de una niñera. Estaba resentida con el menor porque se había escapado de la casa cuando podía ganar algo; con la hija jamás logró estar de acuerdo, ofendida porque no se parecía a ella: sólo se endulzaba su mirada cuando la fijaba en el mayor, en aquel ganapán que nada de ella ni de su marido tenía en aquella mala hierba a quien, acaso por esta razón, excusaba y prefería. También Fouan había mirado a sus hijos con el sordo malestar que le producía pensar lo que harían con sus bienes. La haraganería del borracho le angustiaba menos que la codicia de los otros dos. Movi6 la cabeza como diciéndose que de nada le valdría hacerse mala sangre. - Puesto que está resuelta la partición-prosiguió el notario-, hay que fijar las condiciones. ¿Están de acuerdo en la renta que han de pagar? Todos quedaron inmóviles y mudos. Sus curtidos rostros tomaron una expresión rígida, la gravedad impenetrable de los diplomáticos... Después cruzaron entre ellos una mirada, pero ninguno habló. El padre tomó de nuevo la palabra. - No, señor Baillehache, no hemos hablado: hemos preferido dejar esa cuestión para cuando estuviésemos reunidos aquí... Pero eso es muy sencillo, ¿verdad? Tengo diecinueve tahullas, que, si las arrendara, valdrían novecientos cincuenta francos... Buteau, el menos paciente, saltó en su silla. - ¡Cómo! ¿A cincuenta francos cada una? ¿Se burla de nosotros, padre? Se empeñó una discusión sobre la tasación. Había una tahulla de viña; aquélla sí se podía arrendar en cincuenta francos. Pero ¿era posible encontrar quien tomara en ese precio las doce tahullas de tierras de labor, y, menos aún, las seis de prados a orillas del Aigre, que nada valían? Las mismas tierras de labor eran bastante pobres, sobre todo una parte, la más próxima al río. - Vamos, padre-dijo Fanny con tono de reproche- no es ésta ocasión de bromear. - Valen a cincuenta francos-insistió el viejo-. Si yo quisiera, las arrendaría en ese precio mañana mismo... ¿A cómo valen para vosotros? - A treinta francos -repuso Buteau. Fuera de sí, Fouan mantenía su precio, haciendo un elogio de sus tierras, que, según él, producían ellas solas los cereales, cuando Delhomme, silencioso hasta aquel momento, declaró con su acento honrado: - Valen a cuarenta francos, ni un sueldo menos. El viejo se calmó en seguida. - ¡Bien! Pongamos cuarenta; no me importa hacer un sacrificio por mis hijos. Pero Rosa, que le había tirado de un pico de la blusa pronunció una sola palabra, que era una acusación por su generosidad. - ¡No, no! Jesucristo se había vuelto desinteresado. Ya no le importaba la tierra, después de cinco años pasados en África. No sentía más que un deseo vehementísimo: coger su parte, fuese cual fuese, para convertirla en seguida en dinero. Así es que siguió dándose tono, sonriendo con aire burlón y de cierta superioridad. - ¡He dicho que cuarenta-exclamó el viejo-, y cuarenta han de ser! ¡No tengo más que una palabra: lo juro delante de Dios! Diecinueve tahullas y media a ese precio valen setecientos sesenta francos; en cantidad redonda, diremos ochocientos... De modo que la pensión será de ochocientos francos, que es lo justo. Buteau soltó una violenta carcajada, en tanto que Fanny protestaba con un movimiento de cabeza, como si hubiese quedado estupefacta. El señor Baillehache, que, desde que había comenzado la discusión, miraba al jardín de su casa distraídamente, volvió a ocuparse de sus clientes y simuló que los escuchaba, acariciando, entre tanto, sus largas patillas con el gesto de maniático que le era peculiar, adormecido por los efectos de la digestión de la magnífica comida que había hecho. Verdaderamente, el viejo tenía razón; pedía lo que era justo. Pero sus hijos, acalorados, arrebatados por el deseo de hacer aquel trato al precio más bajo posible, se mostraban terribles, regateaban, juraban y blasfemaban con la mala fe de la gente del campo cuando va a comprar algo. -

¡Ochocientos francos!-murmuraba Buteau-. Pues qué, ¿quiere usted vivir como un príncipe? ¡Vaya, con ochocientos francos pueden vivir muy bien cuatro personas! ¡Diga de una vez que quiere morirse de una indigestión! Fouan no se enfadó por esto. Opinaba que el regateo era natural y se contentaba con hacerle frente, como Dios le daba a entender, extremando también sus exigencias y sus condiciones. - Y no es eso sólo -dijo-, sino que conservaremos, hasta que nos muramos, la casa y el jardín, naturalmente... Y como no tendremos cosechas ni las dos vacas, exigimos todos los años una cantidad de vino, leña y leche, y todas las semanas una docena de huevos y tres quesos. - ¡Oh padre!-gimió Fanny dolorosamente-. ¡Oh padre! Buteau ya no discutía. Habíase levantado de un salto, como movido por un resorte, y paseaba con ademán brusco; ya se había puesto la gorra para marcharse. Jesucristo abandonó también su asiento, temeroso de que todas aquellas historias dieran al traste con la partición. Solamente Delhomme permanecía impassible, con un dedo apoyado en la nariz, en actitud de profunda reflexión y de gran aburrimiento. El señor Baillehache comprendió la necesidad de apresurar un poco el desenlace. Sacudió su somnolencia y, acariciándose las patillas con más viveza, dijo: - Ya saben, amigos míos, que el dar vino y leña, así como los quesos y los huevos, es costumbre antigua... Pero fue interrumpido por una lluvia de frases agrias. - ¡Huevos con sus pollos y todo dentro, tal vez! - ¿Tenemos nosotros vino para beber? ¡Lo que hacemos es venderlo! - No hacer nada, y beber y comer y calentarse, mientras los hijos se matan a trabajar, es muy bonito y muy cómodo. El notario, que estaba acostumbrado a tormentas mayores, siguió diciendo con la más completa calma: - ¡Nada de eso viene a cuento! ¡Cáscaras! ¡Usted Jesucristo, siéntese! ¡Le marea a uno con esas vueltas! Vamos, estamos arreglados ya, ¿no es cierto? Contesten todos... Estamos conformes en eso y falta discutir solamente lo de la renta. Delhomme salió, al fin, de su inmovilidad e hizo señas de que tenía algo que decir. Todos habían vuelto a sentarse en su sitio y, entre la atención general, dijo: - Perdón; parece justo lo que pide padre; se le podrían dar ochocientos francos, puesto que en ochocientos francos podría arrendar sus fincas... Pero nosotros no echamos las cuentas así. No nos arrienda las tierras, sino que nos las da, y el cálculo está en saber qué necesitan él y madre para vivir... Sí, nada más que lo que necesitan para vivir. - En efecto-dijo el notario-, ésa es la base que ordinariamente se toma. Surgió otra disputa acalorada. La vida de los dos viejos fue inspeccionada, discutida, estudiada, necesidad por necesidad. Se pesó el pan, las legumbres, la carne; se valoraron las ropas, regateando sobre la clase de telas y paños que debían usar; se descendió hasta los pequeños vicios, al tabaco que debía fumar el padre, que importaba dos sueldos diarios, los cuales, después de una serie interminable de recriminaciones, quedaron reducidos a uno. Cuando no se trabaja se debe ser económico y saberse reducir. ¿No podía también pasar la madre sin tomar café? Lo mismo que el perro que tenían, un perro viejo, de doce años, que comía mucho y no servía para nada. ¡Y hacía tiempo que debían haberle pegado un tiro! Cuando el cálculo estuvo hecho, volvieron a hacerlo, buscando algo que suprimir todavía: dos camisas, seis pañuelos al año, un céntimo de lo que se había señalado para la comida diaria. Y cortando y recortando, llegando a las mayores economías, consiguieron poder fijar una suma de quinientos cincuenta y tantos francos, lo cual dejó a los hijos agitados, furiosos, fuera de sí, porque se empeñaban en no pasar de los quinientos francos por ningún concepto. Sin embargo, Fanny se cansó. No era mala hija; más compasiva que los hombres, no tenía aún el corazón y la piel endurecidos por la lucha por la existencia trabajando en el campo, y fue la primera que habló de terminar aquella escena, haciendo concesiones. Jesucristo, por su parte, se encogía de hombros, generoso como era para las cuestiones de dinero y hasta presa de cierto enternecimiento de borracho, dispuesto a ofrecer algo de su parte, que, de seguro, no hubiese pagado nunca. - Vamos-preguntó la hija-, ¿queréis que quedemos en quinientos cincuenta francos? - ¡Claro que sí!-respondió él- Justo es que disfruten un poco los pobres viejos. La madre dirigió a su hijo mayor una mirada de ternura, en tanto que el padre seguía batallando con su hijo menor. No había cedido más que paso a paso, regateándolo todo, empeñándose en mantener ciertas cifras. Pero, ante la fría terquedad que mostraban, la cólera iba aumentando en él al contemplar la intransigencia de aquella gente que era carne de su carne y sangre de su sangre, que se empeñaban en heredarle casi por completo, viviendo todavía. Se olvidaba de que lo mismo había hecho él con su padre. Sus manos temblaban, y al fin, sin poderse contener, gritó: - ¡Ah canallas! ¡Pensar que ha criado uno a esta gentuza para que ahora le quiten el pan de la boca! Os aseguro que esto me da asco y que preferiría estar ya pudriéndome bajo tierra... ¿De modo que no hay medio de que seáis amables? ¿De modo que no queréis dar más que quinientos cincuenta francos? Y ya iba a aceptar esta cantidad, cuando su mujer le tiró de la blusa y le dijo al oído: - ¡No, no! - No será eso lo único con que cuenta-replicó Buteau, después de vacilar un momento-. ¿Y el dinero que tiene escondido? Puesto que tiene dinero, no necesita el nuestro. Miraba a su padre fijamente, porque se había reservado aquel golpe de efecto para el último instante. El viejo se puso muy pálido. - ¿Qué dinero?-dijo por fin. - Pues el que tiene colocado, del que conserva acciones y resguardos. Buteau, que sólo sospechaba que tuvieran dinero, procuraba sacar la verdad mintiendo. Cierta noche creyó haber visto a su padre coger un pequeño rollo de papeles oculto detrás de un espejo. Al día siguiente, y en los sucesivos,

estuvo espiándolo, pero no pudo ver nada. Fouan, que estaba lívido, se puso de repente colorado y furioso. Levantóse de su asiento, gritando con gesto amenazador: - ¡Ah, granujas! Es decir, ¡ya me registráis hasta los bolsillos! ¡No tengo un cuarto, no tengo un céntimo colocado en ninguna parte, cochinos, porque me habéis hecho gastar demasiado para que tenga ahorros! Pero, si así fuese, ¿qué os importaría a vosotros? ¿No soy el amo? ¿No soy vuestro padre? Parecía más alto al erguirse con aquel alarde de autoridad paterna. Durante muchos años, todos, la mujer y los hijos habían temblado ante él, bajo el rudo despotismo del jefe de una familia de labriegos, y se equivocaban si creían no estar ya sometidos a su autoridad. - ¡Oh padre!-empezó a decir Buteau. - ¡Calla!-exclamó el viejo, levantando la mano- ¡Calla o te pego! El hijo menor murmuró unas palabras, se hizo el chiquitín y se sentó, asustado, en una silla. Había percibido el aire del bofetón; sentíase acometido del miedo que experimentara en su infancia, y levantó el codo para resguardarse. - ¡Y tú, Jacinto, no te rías! ¡Y tú, Fanny, baja los ojos!... ¡Si no, tan cierto como que ahora es de día, os voy a hacer bailar, canallas! Estaba solo, en pie, amenazador, en medio de la habitación. La madre temblaba como si temiese que le fuera a pegar también. Los hijos no se movían; estaban sometidos, domados, sin hablar. - Ya lo oís; quiero que la renta sea de seiscientos francos. ¡Si no, vendo las fincas y se acabó la historia! ¿Dais los seiscientos francos? - Padre-contestó Fanny-, daremos lo que quiera usted. - Seiscientos francos, me parece justo-dijo Delhomme. - Yo-declaró Jesucristo-, quiero lo que quieran todos. Buteau, con los dientes apretados de rencor y de rabia, pareció asentir con su silencio. Fouan seguía dominándolos, paseando de uno a otro su dura mirada de amo obedecido. Al fin, se volvió a sentar, diciendo: - Entonces, estamos de acuerdo, ¿eh? El señor Baillehache había presenciado, sin commoverse, el final de la disputa. Cuando hubo concluido, dijo pacientemente: - Bueno, pues si están de acuerdo, no hablemos más... Ahora que conozco las condiciones, voy a redactar el acta... Ustedes se encargarán de que un agrimensor mida las tierras y divida los lotes y después que me envíe una nota de la designación de los mismos. Luego, cuando los hayan sorteado, no tendremos más que inscribir al lado de cada nombre el número correspondiente y firmar la escritura. Se había levantado de su sillón para despedirlos. Pero no se movieron; vacilaban y parecían reflexionar. ¿Estarían bien informados? ¿No se les olvidaba nada? ¿No habrían hecho un mal negocio que aún sería tiempo de remediar? Dieron las cuatro, hacía más de tres horas que estaban allí. - Márchense -les dijo el notario-, porque hay gente esperándome. Tuvieron que decidirse; los empujó hasta la habitación contigua, donde, en efecto, esperaban pacientemente otros labriegos, inmóviles y rígidos en sus sillas, en tanto que el escribiente del notario contemplaba desde la ventana una riña de perros, y los dos pasantes, malhumorados y aburridos, seguían haciendo sonar sus plumas sobre el papel de oficio. Una vez fuera de la casa, la familia permaneció un momento en medio de la calle. - Si queréis-dijo el padre-, la medición de tierras se hará pasado mañana, lunes. Aceptaron con un movimiento de cabeza y bajaron la calle de Gronaire, unos detrás de otros. Luego, el viejo Fouan y Rosa tomaron por la calle del Temple, dirigiéndose hacia la iglesia, y Fanny y Delhomme se alejaron por la calle principal. Buteau se había detenido en la plaza, preguntándose, si su padre tendría o no dinero escondido, y Jesucristo, después de encender otra vez la colilla del cigarro, entró en el Café del Buen Labrador.

3. LA casa de Fouan era la primera que se encontraba al entrar en Rognes por la carretera de Cloyes a Bazoches-le-Doyen, que pasa por el pueblo. Al siguiente lunes, salía el viejo al amanecer para acudir a la cita convenida en el atrio de la iglesia, cuando vio en la puerta de al lado a su hermana la Grande, que estaba ya levantada, a pesar de sus ochenta años. Aquellos Fouanes habían nacido y crecido hacía siglos como una vegetación de plantas. Antiguos siervos de Rognes Bonqueval, de cuyo castillo no quedaba ya más rastro que unas cuantas piedras enterradas, habían sido emancipados en tiempos de Felipe el Hermoso. Desde entonces se hicieron propietarios, primero de una tahulla, luego de dos, compradas al señor en un apuro y pagadas al doble de su precio en sudor y sangre. Luego había comenzado la lucha, lucha de cuatrocientos años, para defender y aumentar aquella propiedad, con un encarnizamiento heredado de padres a hijos; parcelas perdidas y vueltas a adquirir; propiedad ilusoria puesta en tela de juicio y objeto de litigio incesante; herencias recargadas con tan grandes impuestos, que parecían a punto de extinguirse; prados y tierras de labor que iban aumentando poco a poco, a pesar de todo, por esa necesidad de poseer que sentían, y que, aunque lentamente, los iba sacando victoriosos. En esa lucha habían sucumbido generaciones enteras; pero cuando la revolución del 89 consagró sus derechos, el Fouan de entonces, José Casimiro, poseía veintiuna tahullas, conquistadas en cuatro siglos al antiguo dominio feudal. En 1793, aquel José Casimiro tenía veintisiete años, y el día en que lo que restaba del antiguo dominio señorial fue declarado propiedad del estado y vendido en pública subasta, ardió en deseos de adquirir algunas hectáreas. Los Rognes-Bonqueval, arruinados, llenos de deudas, después de haber dejado que se derrumbase la última torrecilla de la mansión feudal, abandonaron a sus acreedores las granjas de la Borderie, cuyas tres cuartas partes seguían arrendadas. Había, al lado de una de sus parcelas, un trozo grande que aquel labriego ambicionaba con el furioso deseo propio de los de su raza. Pero las cosechas iban mal, y apenas tenía ahorrados y escondidos en un puchero cien escudos; si por un

momento se le había ocurrido la idea de pedir auxilio a un prestamista usurero de Cloyes, cierta prudencia suspicaz le impidió hacerlo: aquellos bienes de los nobles le daban miedo. ¿No se los volverían a quitar luego? Luchando entre su deseo y su desconfianza, tuvo el disgusto de ver que la Borderie, subastada parcela a parcela, era adquirida por la décima parte de su valor por un burgués de Chateaudun, Isidoro Hourdequin, antiguo empleado de la recaudación de contribuciones. Cuando José Casimiro se vio ya viejo, repartió sus veintiuna tahullas, a siete cada uno, entre tres de sus hijos, Mariana, Luis y Miguel, y a su hija menor, Laura, educada para costurera, que trabajaba en Chateaudun, la indemnizó en dinero. Pero los matrimonios rompieron esta igualdad. En tanto que Mariana Fouan, apodada la Grande, se casaba con su vecino. Antonio Pechand, que tenía, por su parte, unas dieciocho tahullas, Miguel Fouan, apodado Mouche, se enamoraba de una chiquilla a quien su padre no había de dar más que dos tahullas de viñas. Por su parte, Luis Fouan, casado con Rosa Maliverne, heredera de doce tahullas, había reunido de ese modo las diecinueve hectáreas y media que, a su vez, repartiría entre sus tres hijos. En la familia, la Grande era respetada y temida, no por su avanzada edad, sino por su fortuna. Todavía muy erguida, alta, flaca y fuerte, y con los huesos muy duros, tenía la cabeza descamada como un ave de rapiña y un cuello flaco y nervioso, de color sanguinolento. La nariz característica de la familia convertíase en ella en verdadero pico; sus ojillos redondos tenían la mirada apagada; no poseía ya un solo cabello debajo del pañuelo amarillo con que se cubría continuamente la cabeza; en cambio, a sus mandíbulas no les faltaba un solo diente. Caminaba siempre apoyándose en el bastón, del cual se servía, cuando llegaba el caso, para pegar a los animales, y a los hombres también. Enviudó muy joven, con una hija, a la cual había echado de casa porque se empeñó en casarse con un muchacho pobre, llamado Vicente Bouterone, y no la había perdonado ni siquiera cuando ella y su yerno murieron de miseria, dejándole dos nietos, Palmira e Hilario, de treinta y dos y veinticuatro años. No perdonaba tampoco a sus nietos, a los cuales dejaba morir de hambre, prohibiendo a todo el mundo que le hablasen de ellos o le recordasen su existencia. Desde que murió su marido dirigía personalmente los trabajos del campo; tenía tres vacas, un cerdo y un mozo de labranza, al que alimentaba como a los animales, y que la obedecía y la temía lo mismo que ellos. Al verla a la puerta de su casa, Fouan se acercó a ella por respeto. Su hermana le llevaba diez años, y él sentía hacia la Grande la misma admiración que toda la gente del pueblo, por su dureza y energía, por su avaricia, por su terquedad por poseer y por vivir. - Precisamente quería comunicarte una cosa, hermana -dijo después de saludarla-. Me he decidido y voy a hacer las particiones. Ella, sin contestar, apretó el bastón, que blandía en el aire. - La otra tarde quise pedirte consejo, pero llamé a tu puerta y nadie me contestó -añadió Fouan. Entonces ella contestó con voz agria: - ¡Imbécil!... ¡Ya te he dado el consejo! Es menester ser muy tonto, y muy bestia, y muy cobarde para renunciar a lo que uno posee, mientras se pueda tener de pie. Yo, aunque me degollaran, diría que no... ¡Ver que tienen otros lo que es de uno; quedarse a pedir limosna por los bribones de los hijos!... ¡Oh, no! ¡Oh, no! - Pero-objetó Fouan -cuando no puede uno labrar, cuando la tierra está mala... - ¡Pues que lo esté!... Antes que soltar una tahulla iría yo todas las mañanas al campo a ver brotar los abrojos. La vieja se erguía con ademán salvaje, pegándole en el hombro con el palo, como si así lo oyese mejor. - Escucha -continuó-, y acuérdate de esto: cuando no tengas nada y lo posean todo tus hijos, te negarán hasta un mendrugo y te morirás de hambre como un pordiosero... y entonces, no se te ocurra venir a mí, porque te lo he advertido con tiempo... ¿Quieres saber lo que yo haría entonces, eh? Fouan escuchaba sin incomodarse, con la sumisión propia del hermano menor, y la vieja se metió en su casa, cerró la puerta con violencia y gritó: - Pues haría esto... ¡Muérete de hambre ahí fuera! Fouan permaneció un momento inmóvil delante de aquella puerta cerrada. Luego hizo un gesto de resignada decisión y tomó el sendero que conducía a la plaza de la iglesia. Allí se encontraba precisamente la antigua casa solariega de los Fouan, que había correspondido a su hermano Miguel, apodado Mouche, porque la casa que él vivía, al otro extremo del pueblo, era de la herencia de Rosa, su mujer. Mouche, que había enviudado hacía ya tiempo, vivía solo con sus dos hijas, Elisa y Francisca, malhumorado y agrio de carácter siempre, humillado aún por su boda con una muchacha pobre y acusando todavía, después de cuarenta años, a sus hermanos, de haberle estafado en las particiones de la herencia paterna. Continuamente contaba aquella historia: le habían dejado el peor lote en el fondo del sombrero de donde estaban sacándolos, cosa que a la larga resultó ser cierta, porque se las compuso de manera que en sus manos, la parte que de buena o de mala manera le correspondió, perdiese la mitad de su valor. El hombre hace la tierra, como dicen en la Beauce. Mouche estaba en la puerta de la casa observando lo que sucedía, cuando su hermano apareció en la plaza. Aquellas particiones le apasionaban, removiendo en él antiguos rencores, aunque nada de provecho fuese a sacar de ellas. Pero afectando una indiferencia completa, volvió la espalda y cerró rápidamente la puerta. Fouan vio en seguida a Delhomme y a Jesucristo que esperaban a veinte metros de distancia el uno del otro. El viejo se acercó al primero; entonces el otro se aproximó. Los tres, sin hablar, miraron hacia el sendero que seguía la falda de la colina. - Ya está ahí -dijo por fin, Jesucristo. Era Grosbois, el medidor de tierras, agrimensor jurado, labriego de Magnolles, pueblecillo cercano a

Cloyes. Su ciencia en lectura y escritura era nula. Llamado continuamente desde Orgeres a Beaugeney para medir tierras, dejaba que su mujer cuidase la hacienda que tenían. En sus constantes expediciones adquirió tales hábitos de embriaguez, que siempre estaba borracho. Muy rechoncho, muy tieso aún para sus sesenta años, tenía la cara gruesa, colorada y manchada en varios sitios de vetas moradas. A pesar de la hora matinal, estaba aquel día atrocemente bebido, porque había asistido la víspera a la boda de unos vendimiadores de Montigny, verificada después de las particiones de una herencia. Pero eso no era obstáculo, porque cuanto más borracho estaba más claro veía; jamás cometió un error de medida ni hizo nunca una suma equivocada. Se le escuchaba y se le atendía, porque tenía fama de inteligente. - ¡Hola! ¿Estamos ya?-dijo-, ¡Pues andando! Le seguía un chicuelo de doce años, sucio y desharrapado, que llevaba debajo del brazo la cadena y el trípode, y los jalones al hombro, y en la mano que le quedaba libre, el nivel, metido en un viejo estuche de cartón, roto por todas partes. Pusieron en marcha sin esperar a Buteau, a quien habían visto a lo lejos, de pie e inmóvil delante de una parcela. Aquella parcela, la mayor de la herencia, de unas dos hectáreas aproximadamente, se hallaba junto al campo en que la Coliche había arrastrado a Francisca algunos días antes. Considerando que era inútil ir más lejos, Buteau se había detenido allí, absorto, esperando a los otros. Cuando éstos llegaron, vieron que se agachaba, cogía un puñado de tierra y luego la dejaba resbalar entre sus dedos, lentamente, como si estuviese pesándola y valorándola. - Mire -dijo Grosbois sacando del bolsillo un cuaderno sucio y grasiento-, ya he levantado un pequeño plano muy exacto de cada parcela, según deseaba usted, tío Fouan. Lo que hay que hacer ahora es dividirlo todo en tres lotes, y eso lo vamos a hacer todos reunidos... Vamos a ver, díganme en qué forma quieren que se haga. Era ya completamente de día; un viento helado impulsaba con rapidez los nubarrones cenicientos que cubrían el cielo; el río, sacudido por él, presentaba un aspecto triste y sombrío. Y, sin embargo, ninguno de ellos parecía sentir aquel viento que hinchaba sus blusas y amenazaba llevarse sus sombreros. Los cinco, vestidos con las ropas domingueras, en atención a lo solemne de la circunstancia, permanecían silenciosos. En el borde de aquel campo, en medio de aquella extensión de tierra sin límites, llevaban impresa en sus rostros la expresión reflexiva y seria de los marinos que viven solos, acostumbrados a los desiertos espacios de la mar. Aquella Beauce fértil, pero que exige un esfuerzo continuo, hace al habitante de la comarca frío y reflexivo, sin más pasión ni afecto que el afecto y la pasión por la tierra que cultiva. - Hay que dividirlo todo en tres partes-dijo por fin Buteau. Grosbois movió la cabeza y comenzó una interminable discusión. Aficionado al progreso por sus relaciones con las grandes granjas, se permitía algunas veces decir a los pequeños propietarios, clientes suyos, que era un mal el dividir las tierras. ¿No se arruinaba todo dividiéndolo en trozos como pañuelos? ¿Podían llamarse cultivos aquellos huertos que no se podían mejorar, en los cuales no era posible emplear las máquinas? No; lo más razonable sería llegar a un acuerdo y no destrozar de aquel modo un campo, cometiendo un verdadero atentado. Si el uno se contentaba con tierras de labor, el otro se contentaría con los prados; y en todo caso se igualarían los lotes y decidiría la suerte. Buteau, cuya juventud le hacía accesible a la risa, lo tomó a broma. - Y si no tengo más que prados, ¿qué comeré? ¿Hierba?... No, no, yo quiero de todo; heno para la vaca y el caballo, grano y viña para mí. Fouan aprobaba con un gesto. De padres a hijos habían partido siempre de aquel modo, y las adquisiciones y los matrimonios venían luego a redondear de nuevo las piezas. Delhomme se sentía rico con sus veinticinco hectáreas, y tenía ideas más amplias; mostrábase conciliador y no había venido, en nombre de su mujer, más que para no ser robado en las medidas. Jesucristo había dejado a los otros, yendo a perseguir golondrinas con las manos llenas de piedras. Cuando una de aquellas aves, contrariada por el viento, permanecía dos segundos en el aire, inmóvil, agitando las alas, él la derribaba con una destreza salvaje. Cayeron tres y las guardó sangrando en el bolsillo. - Vamos, bastante hemos hablado; haznos esas tres partes -dijo Buteau, tuteando al medidor-, pero que no sean seis, porque tú tienes aire esta mañana de distinguir a la vez a Chartres y a Orleáns. Grosbois se irguió con mucha dignidad. - Muchacho, cuida de estar tan borracho como yo y de abrir el ojo... ¿Quién de vosotros se atreve a ocupar mi sitio en el nivel? Nadie se atrevió a aceptar el reto, y entonces llamó bruscamente al chicuelo, quien se hallaba estupefacto ante la habilidad de Jesucristo para cazar las golondrinas a pedradas. Puesto el nivel en su pie y colocados los jalones, la manera de dividir la pieza suscitó nuevas disputas. El medidor, apoyado por Fouan y Delhomme, quería partir las dos hectáreas en tres fajas paralelas al valle del Aigre, mientras que Buteau exigía que las fajas fuesen perpendiculares al valle, so pretexto de que la capa laborable se adelgazaba conforme se aproximaba a la pendiente. De este modo todos tendrían su parte en el pedazo malo, y del otro, el tercer lote sería todo él de calidad inferior. Pero Fouan se incomodaba, jurando que el fondo era el mismo en todas partes, y recordaba que la antigua partición entre él, Mouche y la Grande se había hecho en el mismo sentido que indicaba; la prueba era que las dos hectáreas de Mouche bordeaban el tercer lote. Delhomme, por su parte, hizo una observación decisiva: aun admitiendo que aquel lote fuera el peor, su propietario quedaría beneficiado el día en que abrieran el camino que debía llevar hasta allí. - ¡Ah, sí!-exclamó Buteau-. ¡El famoso camino directo de Rognes a Chateaudun por la

Borderie! ¡Podéis esperarlo sentados! Después, como, a pesar de su insistencia, siguieran adelante, protestó con los dientes apretados. El mismo Jesucristo se había acercado y todos seguían con mucha atención las líneas que trazaba Grosbois, vigilando, como si sospechasen que quisiera beneficiar en un centímetro a cualquiera de las partes. Tres veces fue Delhomme a mirar por el nivel. Jesucristo juraba contra el chicuelo porque tendía mal la cadena. Pero Buteau, sobre todo, seguía la operación paso a paso, contando los metros y rehaciendo a su manera los cálculos con palabra temblorosa. Y en aquella ansia por la posesión, en la alegría que experimentaba al coger la tierra, latía la amargura, la rabia sorda de no quedarse con toda. ¡Era tan hermosa aquella pieza de doce hectáreas para uno solo! Había exigido la partición para que nadie la poseyese, ya que él no podía poseerla; pero aquel destrozo le desesperaba. De nuevo buscó malas razones. Fouan, con los brazos caídos, contempló cómo despedazaban su finca sin decir una palabra. - Ya está-dijo Grosbois-. Ninguna parcela tiene un centímetro más que otra. Había cuatro hectáreas más de tierras de labor, pero divididas en una docena de piezas, de las cuales ni una sola llegaba a doce áreas, y habiendo preguntado irónicamente el medidor si había que dividir las también, volvió a comenzar la discusión. Buteau hizo un gesto instintivo al llegar a la primera; agachóse, tomó un puñado de tierra y se lo acercó a la cara, como para probarlo. Luego, con un fruncimiento de nariz, pareció declararla la mejor de todas, y, dejándola escapar suavemente entre los dedos, dijo que se conformaba si se le dejaba la parcela; de otro modo exigía la división. Delhomme y Jesucristo rehusaron, pues querían también su parte. Cuatro áreas a cada uno; esto era lo justo. Se hizo la partición de todas las piezas y todos estuvieron seguros de que ninguno de ellos podía tener nada que los otros dos no tuviesen. - Vamos a la viña-dijo Fouan. Pero como volviesen hacia la iglesia, lanzó una última mirada a la inmensa llanura y escuchó un instante los lejanos ruidos de la Borderie. Luego, dando un suspiro de dolor inconsolable, hizo alusión a la desperdiciada ocasión de adquirir bienes nacionales. - ¡Si mi padre no hubiera sido tonto, usted hubiera tenido que medir todo eso, Grosbois!-exclamó. Los dos hijos y el yerno se volvieron con un movimiento brusco y contemplaron, lentamente, las trescientas hectáreas de la granja que se extendían ante su vista. - ¡Bah!-gruñó sordamente Buteau, poniéndose otra vez en marcha-. Buen provecho nos hará esa historia. A las diez estaba hecho lo más importante del trabajo, pero apresuraron el paso porque el viento había cedido y una gran nube acababa de descargar un fuerte chaparrón. Algunas de las viñas de Rognes estaban al otro lado de la iglesia, en la pendiente que baja hasta el Aigre. En otro tiempo alzábase en aquella parte el castillo con su parque; hacía apenas medio siglo que los campesinos, animados por el éxito de los viñedos de Montigny, cerca de Cloyes, se decidieron a plantar viñas en aquella ladera, indicada para ello por su situación al mediodía y por su pendiente. El vino era pobre, pero de un gusto agradable que recordaba los de Orleans. Por lo demás, cada habitante cultivaba un pequeño trozo de terreno; el más rico, Delhomme, poseía tres tahullas de viña. Se cosechaban en aquella región cereales y plantas forrajeras. Dieron la vuelta a la iglesia, siguiendo a lo largo de la antigua rectoría, en la que la municipalidad había alojado al guarda rural. Cuando atravesaban un terreno rocoso, cubierto de arbustos, una voz aguda, que salía de un agujero, gritó: - Padre, está lloviendo y voy a sacar los gansos. Era la Trouille, la hija de Jesucristo, una chicuela de doce años, delgada y nerviosa, con enmarañados cabellos rubios. Su boca, muy grande, torcíase hacia la izquierda; sus ojos verdes tenían una fijeza atrevida, hasta el punto de que se la hubiera podido tomar por un muchacho; vestía, una blusa vieja de su padre ceñida a la cintura con una cuerda. Aunque la llamaban la Trouille, su nombre era Olimpia. Jesucristo había tenido a aquella especie de salvaje de una mendiga, a la que había recogido en un foso después de una feria, instalándola luego en su choza, con gran escándalo de Rognes. Durante tres años vivieron juntos; después, aquella perdida se fue como había venido, siguiendo a otro hombre. La niña, mal amamantada, había crecido raquíca como mala hierba y desde que andaba hacia la sopa a su padre, a quien temía y adoraba. Pero su pasión eran sus gansos. No tenía al principio más que dos, macho y hembra, robados pequeñitos en una granja. Luego, gracias a sus cuidados maternos, se multiplicaron y tenía ya veinte. Cuando apareció la Trouille llevando por delante con su vara a los gansos, Jesucristo se encolerizó. - ¡Vuélvete a hacer la sopa, o ya verás!... Y además, cierra bien la casa, que hay muchos ladrones. Buteau se echó a reír; Delhomme y los demás sonrieron: aquella salida de Jesucristo les hacía gracia. ¡Había que ver la casa, una cueva, un verdadero agujero, entre unos peñascos y bajo unos tilos! Aquello era todo lo que quedaba del castillo; cuando el cazador furtivo, a consecuencia de una disputa con su padre, se había refugiado en aquel rincón que pertenecía al pueblo, para cerrar la cueva tuvo que construir una pared en la que dejó dos aberturas: una ventana y la puerta. En el país se llamaba a aquello el castillo. Dichosamente la viña estaba cerca, y la división en tres lotes se hizo sin nuevas discusiones. Ya no quedaba más que partir tres hectáreas de prado, en la orilla del Aigre; pero en aquel momento apretó tanto la lluvia y cayó tal diluvio, que el medidor, al pasar por delante de una casa, propuso entrar en ella. - ¿Y si entráramos un minuto en casa del señor Carlos? Fouan se había detenido, vacilando, lleno de respeto hacia su cuñado y su hermana, que, hecha su fortuna, vivían retirados en aquella finca de burgueses. - No, no -murmuró-, comen a mediodía y nuestra presencia los molestaría. Pero el señor Carlos apareció

en la puerta, mirando con interés la lluvia, y, al verlos, les gritó: - ¡Entrad, entrad! Al observar que estaban calados, los invitó a que fueran hacia la cocina, donde se les unió. Era un hombre de sesenta y cinco años, muy erguido, afeitado, de mirada apagada y con el rostro digno de un magistrado jubilado. Vestía de burdo paño azul y llevaba un levitón de cura con mucha prosopopeya, como hombre que había desempeñado siempre funciones delicadas, llenas de autoridad. Cuando Laura Fouan, entonces costurera en un almacén de Chateaudun, se casó a los veinticinco años con Carlos Badeuil, éste tenía un cafetín en la calle de Angulema. De allí el joven matrimonio, ambicioso de hacer pronto fortuna, habíase trasladado a Chartres. Al principio nada les salía bien; todo se deshacía entre sus manos; tuvieron otro cafetín, un restaurante, hasta una tienda de ultramarinos, y desesperaban ya poseer jamás dos cuartos, cuando el señor Carlos, de carácter muy emprendedor, tuvo la idea de comprar una de las casas públicas de la calle de los Judíos, caída en descrédito a causa del personal defectuoso y de su notoria suciedad. De una ojeada juzgó la situación, las necesidades de Chartres, la laguna que había que llenar en una capital que carecía de un establecimiento "digno", en el que la seguridad y la comodidad estuviesen a la altura del progreso moderno. Desde el segundo año, en efecto, el número 19, restaurado, adornado con cortinajes y espejos, provisto de un personal escogido con severidad, se hizo tan popular, que hubo que elevar a seis el número de las mujeres. Los militares y los empleados, todo lo mejor, en fin, no iba a otra parte. Este éxito se mantuvo gracias a la mano de hierro del señor Carlos y a su administración paternal y fuerte, y también a que su esposa mostraba una actividad extraordinaria, siempre alerta, no dejando pasar nada y sabiendo tolerarlo todo, cuando era preciso. En menos de veinticinco años los Badeuil economizaron trescientos mil francos, y entonces pensaron en realizar el sueño de toda su vida: una vejez idílica en plena naturaleza, con árboles, flores y pájaros. Pero les llevó dos encontrar comprador para el número 19, al elevado precio en que lo tasaban. ¿No era para desgarrar el corazón que un establecimiento, el mejor de su clase, que producía más que una granja, quedase abandonado a manos desconocidas, entre las cuales acaso degeneraría? Desde su llegada a Chartres el señor Carlos había tenido una hija, Estrella, a la que puso en el colegio de las hermanas visitadoras, en Chateaudun, cuando se instaló en la calle de los Judíos. Era un establecimiento devoto, de una moralidad rígida, en el cual dejó a la joven hasta los veinte años para conservar su inocencia, mandándola lejos durante las vacaciones, para que ignorara el origen de los ingresos familiares. No la retiró de allí hasta el día en que la casó con un joven empleado, Héctor Vaucogne, guapo mozo que estropeaba sus buenas cualidades con una extraordinaria pereza. Frisaba ya Estrella en los treinta años y tenía una hija de siete, Elodia, cuando, sabiendo ya todo lo que había de saber, al enterarse de que su padre quería traspasar su comercio, le pidió la preferencia. ¿Por qué había de salir de la familia un negocio tan seguro y tan bueno? Todo quedó arreglado; los Vaucogne tomaron el establecimiento y los Badeuil tuvieron desde el primer mes la satisfacción de ver que su hija, a pesar de haber sido educada en otras ideas, se revelaba como un ama de casa superior, lo que compensaba dichosamente la holgazanería de su yerno, desprovisto de sentido administrativo. Ellos, retirados hacía cinco años a Rognes, cuidaban de su nieta Elodia, a la que habían puesto en la pensión de Chateaudun (de las hermanas visitadoras) para ser educada religiosamente, según los principios más estrictos de la moral. Cuando el señor Carlos entró en la cocina, donde una criada batía huevos y cuidaba de una cazuela llena de alondras con manteca, todos, hasta el viejo Fouan y Delhomme se descubrieron y parecieron muy halagados de estrechar la mano que se les tendía. - ¡Ah, demonio!-dijo Grosbois por decir algo adulator-. ¡Qué hermosa finca tiene, señor Carlos! Y cuando se piensa que la ha obtenido casi de balde... El otro se regodeó. - Una ocasión, una ganga. Nos gustó, y como mi mujer quería acabar sus días en su país natal... Cuando se trata de cosas del corazón, yo cedo siempre. La Rosablanca, como llamaban a la propiedad, era la locura de un burgués de Cloyes, que acababa de gastar en ella cerca de cincuenta mil francos, cuando una apoplejía lo mató antes que se secase la pintura. La casa, muy linda, estaba rodeada de un jardín de tres hectáreas que bajaba hasta el Aigre. En el fondo de aquel rincón, perdido en los límites de la triste Beauce, no se había presentado ni un comprador, y el señor Carlos adquirió la finca en veinte mil francos. Allí tenían satisfacción todos sus gustos, con truchas y anguilas soberbias colecciones de flores cultivadas con amor, una gran pajarera llena de todas las especies canoras de nuestros bosques, que nadie más que él cuidaba. El matrimonio se comía allí sus doce mil francos de renta en una dicha completa, considerada como la recompensa de sus treinta años de trabajos. - Además, esto da nombre -añadió el señor Carlos-; al menos se sabe que estamos aquí. - Es indudable que usted es conocido en el país-contestó el medidor-. Su dinero habla por usted. Los demás aprobaron. - Verdad, verdad. El señor Carlos ordenó a la criada que trajera vasos, y él mismo fue a la cueva a buscar dos botellas de vino. Todos, con la nariz vuelta hacia la cazuela en que se asaban las alondras despidiendo apetitoso olor, bebieron el vino, paladeándolo seriamente. - ¡Ah, diablo, esto no es del país! ¡Es magnífico! - Otro trago... ¡A la salud de ustedes! - ¡A la suya! Cuando dejaban los vasos, apareció la señora Badeuil, dama de sesenta y dos años, de aire respetable, con cabellos como la nieve que tenía el color y el aire de los Fouan, pero con la palidez rosada, apacible y dulce del claustro, de

las carnes de vieja religiosa que ha vivido a la sombra. Elodia, que pasaba dos días de vacaciones en Rognes, seguía llena de timidez. Comida por la clorosis, muy alta para sus doce años, estaba muy pálida y tenía los cabellos escasos y descoloridos, propios de su sangre empobrecida, y abrumada, por otra parte, por su educación de virgen inocente, parecía imbécil. - ¡Cómo! ¿Estáis aquí?-dijo la señora Badeuil, estrechando las manos de su hermano y de sus sobrinos con un movimiento lento y digno, como para marcar las distancias; y volviéndose, sin ocuparse más de ellos, añadió:- Entre, entre, señor Patoir. El animal está aquí. Era el veterinario de Cloves, hombre regordete y sanguíneo, de grandes bigotes. Acababa de llegar en su cabriolé manchado de barro. - A este pobrecito-continuó, sacando de junto al hogar una cesta en la que agonizaba un viejo gato le dio ayer una parálisis, y por eso le he avisado... Ya no es joven, tiene quince años... Lo hemos tenido diez años en Chartres, y el año pasado mi hija tuvo que desprenderse de él, porque se escondía por todos los rincones de la tienda. Aquello de la tienda lo decía por Elodia, a la cual contaban que sus padres poseían una confitería y que estaban tan ocupados que no podían tenerla con ellos. Por lo demás, los campesinos ni siquiera sonrieron, porque se decía en Rognes que “la granja de los Hourdequin no era tan buena como la tienda del señor Carlos”. Con los ojos muy abiertos, miraban al viejo gato, seco y pelado, que había dormido en todas las camas de la calle de los Judíos y fue acariciado y mimado por las suaves manos de cinco o seis generaciones de mujeres. Durante mucho tiempo había llevado la vida de gato favorito, conocedor del salón y de los gabinetes reservados, lamiendo los restos de las pomadas, bebiendo el agua de las palanganas y asistiendo a muchos espectáculos como mudo soñador, viéndolo todo con sus brillantes ojos. - Señor Patoir, cúrelo, se lo suplico. El veterinario arqueaba las cejas y fruncía la nariz y la boca de dogo. - ¡Cómo!-exclamó. ¿Para esto me ha molestado? ¡Si quiere curarlo, átele una piedra al cuello y tírelo al río! Elodia se echó a llorar; la señora se ahogaba de indignación. - ¡Se conserva esta asquerosidad para traer el cólera a una casa! ¡Tírelo al río!... Sin embargo, ante la indignación de la señora, el veterinario acabó por sentarse a la mesa y redactó una receta, gruñendo. -Si la divierte ser apestada... A mí, pagándome, lo demás me importa poco. Mire, le dará de hora en hora una cucharada de esto; y he aquí otra droga para dos lavados, uno esta noche y el otro mañana. Hacía un rato que Carlos se impacientaba, viendo cómo se quemaban las alondras, mientras la criada, que había dejado de rebozar las chuletas, esperaba con los brazos caídos. Dio vivamente a Patoir los seis francos de la visita, e invitó a los otros a beber otro vaso. - Vamos a comer...-dijo-. Hemos tenido mucho gusto en verlos. La lluvia ha cesado. Los visitantes salieron con pesar. El veterinario repetía al subir en su carricoche: - ¡Un gato que no vale ni la cuerda para echarlo al agua! ¡En fin, cuando se es rico...! - El dinero de las rameras se gasta lo mismo que se gana -gruñó Jesucristo. Pero todos, hasta el mismo Buteau, que había palidecido de envidia, protestaron con un movimiento de cabeza, y Delhomme, el hombre prudente, declaró: - No importa haber sido un pillo o un animal, cuando se han sabido ganar doce mil francos de renta. El veterinario fustigó a su caballo, y los demás bajaron hacia el Aigre por los senderos, convertidos en torrentes. Llegaban a las tres hectáreas de prados que se trataba de partir, cuando volvió a llover con la fuerza de un diluvio. Pero aquella vez siguieron adelante, muertos de hambre y deseando acabar. Sólo los retrasó una discusión a propósito del tercer lote que no tenía árboles, mientras que un pequeño bosque se repartía entre los otros dos. Todo, sin embargo, pareció arreglado y aceptado. El medidor les prometió mandar las notas al notario para que pudiera levantar el acta, y se convino en dejar para el domingo siguiente el sorteo de los lotes, que debía verificarse en casa del padre, a las diez de la mañana. Al entrar en Rognes, Jesucristo se puso a jurar bruscamente. - ¡Espera, espera, cochina Trouille; verás cómo te arreglo yo! Por la orilla del camino, llena de hierba, la Trouille, sin apresurarse, paseaba sus gansos, a pesar de la lluvia torrencial. A la cabeza de todos, mojado y muy contento, caminaba el macho, y cuando él volvía a la derecha su enorme pico amarillento, todos los picos se volvían hacia el mismo lado. Pero la chicuela se asustó al oír pasar a su padre y subió corriendo en busca de la comida, seguida por la bandada de pescuezos que se estiraban detrás del enorme cuello del macho. 4. EL domingo caía en primero de noviembre, día de todos los santos, e iban a dar las nueve cuando el padre Godard, cura de Bazoches -le -Doyen, encargado de la antigua parroquia de Rognes, apareció en lo alto de la pendiente que terminaba en el puentecillo del Aigre. Rognes, más importante en otro tiempo, reducido entonces a una población de trescientos habitantes escasos, no tenía cura desde hacía muchos años y parecía no importarle gran cosa estar sin él, tanto que el municipio había dado casa al guarda de campo en la antigua del párroco, medio derruida. Todos los domingos el padre Godard recorría a pie los tres kilómetros que separan Bazoches -le -Doyen de Rognes. Gordo y bajo, con el cogote muy colorado y el cuello tan grande como la cabeza, que, sin quererlo él, se le iba hacia atrás, había aceptado aquel ejercicio como medida higiénica. Pero aquel domingo veía que llegaba un poco retrasado, y corría tanto que daba terribles resoplidos, abriendo desmesuradamente la enorme boca que adornaba su faz apoplética, en la que la grasa había ahogado, por así decirlo, sus narices chatas y sus ojillos grises. Bajo aquel cielo ceniciento cargado de nieve, a pesar del frío precoz que seguía a las lluvias torrenciales de aquella semana, jugueteaba con su sombrero de tres



picos, que llevaba en la mano, y dejaba al aire su enorme cabeza, cubierta de espesísimos y desarreglados cabellos rojos, entre los cuales aparecían ya algunas canas. Al otro lado del Aigre, en la orilla izquierda, antes de llegar al puentecillo, había unas cuantas casas, que formaban un pequeño barrio, que el sacerdote cruzó con paso precipitado. Ni siquiera dirigió una mirada de curiosidad al río que se deslizaba lenta y majestuosamente, serpenteando entre los prados y los álamos y sauces que se alzaban a sus orillas. Al otro lado del puente, en la margen derecha del río, comenzaba el pueblo: una doble fila de fachadas que limitaban el camino por los dos lados, en tanto que otras casas, construidas más atrás, en la falda de la colina, parecían plantadas al azar y contribuían al encanto del panorama. Después de pasar el puente, encontró la alcaldía, la escuela, y una antigua granja, de planta y piso. El sacerdote vaciló un momento y asomó la cabeza al vestibulo, que estaba desierto. Luego se volvió y pareció inspeccionar, de una sola mirada, dos tabernas que había enfrente: una con escaparate muy limpio y adornado, sobre el cual veíase una pequeña muestra de madera pintada de amarillo, en la que leíase, escrito en letras verdes: “Macqueron, casa de comidas”; y otra, con la puerta simplemente adornada con un haz de sarmientos, en cuya fachada, sucia y desconchada, se distinguían, escritas con carbón negro y en enormes letras, estas palabras: “Tabaco, Casa Lengaigne”. Después tomó por una callejuela estrecha y escarpada, entre las dos tabernas, que conducía a la iglesia. Detúvose sin embargo, al ver a un labriego que se acercaba. - ¡Ah! Hola, tío Fouan. Tengo prisa, pero deseaba verle. Dígame, ¿qué hacemos? No es posible que su hijo Buteau deje a Elisa plantada con esa barriga que cada vez va creciendo más y que no puede ser ya disimulada de ningún modo... ¡Es una vergüenza, una verdadera vergüenza! El viejo le escuchaba cortésmente. - ¡Caramba, señor cura! ¿Qué quiere que haga, si Buteau se obstina? Después de todo, el muchacho tiene razón en parte, porque, a su edad, no puede uno casarse sin contar con algo. - ¡Pero si tiene un hijo! - Sí, es verdad; pero ese hijo no ha nacido todavía. ¿Quién sabe? Además, créame que no es un chico lo que más anima, cuando no tiene uno ni siquiera pañales para envolverlo. Decía estas cosas prudentemente, como viejo experimentado que conoce el mundo y la vida. Luego, con su voz siempre mesurada, añadió: - De todos modos, puede que eso se arregle muy pronto... Sí, he repartido mis bienes y se sortearán los lotes ahora, dentro de un rato, después de misa. Entonces, cuando tenga su parte, supongo que Buteau pensará en casarse con su prima. - ¡Bueno! -repuso el cura -. Me parece bien, y espero que hará lo que pueda, tío Fouan. Pero un toque de campana le dejó con la palabra en la boca, y preguntó como asustado. - Es el segundo toque, ¿verdad? - No, señor cura; es el tercero. - ¡Caramba! ¡Ese Becu se pone a tocar sin esperarme! Subió rápidamente la cuesta del callejón. Al llegar a la puerta de la iglesia estuvo a punto de sufrir un ataque apoplético. La campana seguía sonando, en tanto que los cuervos, a los cuales había espantado, revoloteaban en torno del campanario, terminado en una primorosa flecha de hierro que atestiguaba la importancia que en otro tiempo tuvo Rognes. En la puerta, abierta de par en par, aguardaba un grupo de labriegos, entre los cuales se veía al tabernero Lengaigne, que era librepensador y estaba fumando su pipa; más allá, apoyado en las tapias del cementerio, el alcalde, el propietario Hourdequin, hombre apuesto, de facciones varoniles y enérgicas, hablaba con su secretario, el abacero Macqueron. Cuando el cura hubo pasado, saludando, todos le siguieron, a excepción de Lengaigne, que volvió la espalda, limpiando tranquilamente su pipa. Dentro de la iglesia, a la derecha del pórtico, un hombre colgado de una cuerda tiraba de ella sin cesar. - ¡Basta, Becu! - -exclamó el padre Godard -. Le ordené veinte veces que me espere antes de dar el tercer toque. El guarda rural, que hacía de campanero, soltó la cuerda, asustado por haber desobedecido. Era un hombrecillo de unos cincuenta años, de cabeza cuadrada y pelo cortado al rape, con bigote y perilla grises y el cuello tieso y comprimido por corbatines siempre estirados y estrechos, y como buen soldado que había sido, con bigote y perilla grises y el cuello tieso y comprimido por corbatines siempre estirados y estrechos. Aunque ya estaba borracho, al soltar la cuerda se excusó. Verdad es que el cura se alejaba hacia el otro lado de la nave, echando una mirada a los bancos. Había poca gente. A la izquierda no vio más que a Delhomme, que sin duda había ido en su calidad de concejal. A la derecha, en el sitio de las mujeres, había cuando más, una docena de éstas; reconoció a Celina Macqueron, seca, nerviosa e insolente; a Flora Lengaigne, gorda y blanca; a la mujer de Becu, alta, morena y muy sucia. Pero lo que acabó de ponerle de mal humor fue ver en el primer banco a Francisca entre sus dos amigas, la hija de los Macqueron, Berta, una morenilla muy guapa, educada como una señorita en Cloyes, y la hija de los Lengaigne, Susana, una rubia, fea y desvergonzada, a quien sus padres iban a poner a oficio, mandándola de aprendiz a casa de una costurera de Chateaudun. Las tres se reían de una manera inconveniente. A su lado estaba la pobre Elisa, abultada, redonda, alegre y risueña, presentando el escándalo de su barriga ante el altar. Por fin el padre Godard entró en la sacristía y cayó sobre Delfín y Ernesto, que jugaban a darse empujones, mientras preparaban las cosas para la misa. El primero, hijo de Becu, de once años, era ya un mozo robusto y fornido que dejaba la escuela para la labor del campo, en tanto que Ernesto, el hijo mayor de Delhomme, un rubio delgado y presumido de la misma edad, llevaba siempre un pedazo de espejo escondido en el bolsillo. - ¡Bribones! -exclamó el cura -. ¿Qué es esto? ¿Creéis

estar en una cuadra? Volviéndose hacia un joven alto y delgado, cuya cara empezaba a verse adornada ya por algunos pelos rubios, que colocaba los misales en su atril correspondiente, le dijo: - ¡Verdaderamente, señor Lequeu, debería tener cuidado de que no alboroten cuando yo no esté aquí! Lequeu era el maestro de escuela, hijo de un campesino que, con la instrucción, había bebido el odio a los de su clase. Violentaba a sus discípulos, los trataba de brutos y ocultaba sus ideas republicanas, bajo la capa de su correcta frialdad, ante el cura y el notario. Cantaba en el coro y cuidaba de los libros de la iglesia; pero se había negado seriamente a tocar la campana, a pesar de ser ésa la costumbre, porque lo consideraba tarea indigna de un hombre libre. - Yo no soy pertiguero de la iglesia -respondió secamente -. ¡Ah! Si hubiéramos estado en mi casa ya les hubiese metido en cintura con unos buenos pescozones - y mientras, sin contestarle, el cura vestía rápidamente el alba y la estola, continuó -: Misa rezada nada más, ¿no es verdad? - Pues claro... Y de prisa, porque tengo que estar en Bazoches antes de las diez y media para la misa mayor. El señor Lequeu cerró el armario del que había sacado un misal, que puso en el altar. - ¡Vamos, vamos, de prisa! - decía el cura empujando a Delfín y a Ernesto. Y sudando, jadeante todavía, entró en la iglesia con el cáliz en la mano, y empezó la misa, que ayudaban los dos muchachos, mirándose de cuando en cuando y haciéndose guiños y señas burlonas. La iglesia no tenía más que una nave con una media naranja guarnecida por una cornisa de encina, ruinosa a causa de la terquedad del ayuntamiento, que se negaba terminantemente a conceder ningún crédito extraordinario; el agua de las lluvias filtrábase a través del tejado de vieja pizarra, y por dentro se veían grandes manchas amarillentas, que denunciaban la humedad y la podredumbre de los materiales en el techo del coro, que se hallaba cerrado por una verja, había una mancha verdosa que cortaba en dos la figura del padre eterno, a quien estaban adorando unos ángeles. Cuando el cura se volvió hacia los fieles con los brazos abiertos, calmóse un poco al ver la gente presente: el alcalde, el secretario, los concejales del ayuntamiento, el viejo Fouan, y Clou el herrador, que tocaba el trombón en las misas cantadas. Lequeu, con ademán digno y reposado, se hallaba en primera fila. Becu, borracho como una cuba, permanecía cuadrado militarmente al fondo. En el sitio de las mujeres, los bancos se hallaban muy concurridos: Fanny, Rosa, la Grande y otras muchas; tantas, que las muchachas del primer banco tuvieron que apretarse para dejarles sitio, y estaban entonces muy recogidas y juiciosas, con la nariz metida en sus devocionarios. Pero lo que más halagó al cura fue ver a los señores de Badeuil con su nieta Elodia, él con levita de paño negro, ella con vestido de seda verde, y ambos graves y solemnes, dando buen ejemplo a todos. A pesar de su satisfacción, apresuraba la misa. Después del evangelio, sin subir al pulpito, empezó una plática; se perdió y no hizo esfuerzos por coger el hilo de su peroración; la elocuencia era su lado endeble; las palabras no acudían nunca a sus labios; lanzaba ‘y..., hermanos..., eh...’, sin poder jamás concluir las frases, cosa que explicaba el por qué le tenía tan olvidado el obispo después de los veinticinco años que llevaba de párroco en Bazoches -le -Doyen. El resto de la misa fue a paso de carga; los toques para alzar sonaron como señales eléctricas, y su despedida a la gente, su *ite misa est*, fue aquel día un latigazo. Apenas se vació la iglesia, apareció de nuevo el padre Godard, transformado ya, con el sombrero negro puesto al revés a consecuencia de la prisa con que se había vestido. Delante de la puerta había un grupo de mujeres, Celina, Flora y la de Becu, muy enfadadas porque les hubiesen dicho la misa al galope. ¿Sería que las despreciaba, cuando las trataba de aquel modo, en día de fiesta tan señalada? - Dígame, señor cura -preguntó Celina con su voz agria, deteniéndolo al salir a la calle -: ¿tiene algo contra nosotras, que nos desprecia como si fuéramos unos trapos? - ¡Ah, Dios santo! -respondió él -. Mis feligreses están esperando. No puedo estar en Rognes y en Bazoches al mismo tiempo... Tengan un cura para ustedes solas, si quieren oír misas largas. Era ésta la eterna cuestión entre la gente de Rognes y el sacerdote; la gente pidiéndole consideraciones, y él limitándose a cumplir su deber estricto con un ayuntamiento que sé negaba a reparar la iglesia, y en el cual, por otra parte, estaban ocurriendo continuamente escándalos que le disgustaban profundamente. - Además -continuó el cura -se le quitan a uno las ganas de celebrar ceremonias religiosas delante de muchachas que no tienen el menor respeto a los mandamientos de la ley de Dios. - ¡Supongo que no lo dirá por mi hija! -dijo Celina, apretando los dientes. - Ni por la mía tampoco -añadió Flora. Entonces él, hartó ya, disparó: - Lo digo por quien debo decirlo... La cosa salta a la vista. ¡Buenas fâchas hacen cuando se visten de blanco! No veo aquí ni una sola procesión en la que no vaya alguna soltera en estado interesante... ¡No, no puedo aguantarlas! ¡Son capaces de acabarle la paciencia a un santo! Se alejó, y la mujer de Becu, que no había dicho esta boca es mía, tuvo que poner paz entre las dos madres, que, excitadas y fuera de sí, lanzaban tremendas acusaciones contra la hija de la otra; pero ponía paz en un tono tan sarcástico y con frases tan cargadas de reticencias, que la disputa se agravó. ¿Berta? ¡Ya verían en qué acababa aquel afán de ponerle vestidos de señorita y enseñarle a tocar el piano! Pues ¿y Susana? ¡Vaya una idea de enviarla de aprendiz de modista a Chateaudun, para que en seguida tuviera un tropiezo grande! Libre por fin de las charlatanas comadres, el padre Godard iba ya a escapar a paso ligero, cuando se encontró con Carlos y su mujer. Su cara se animó con una sonrisa dulce y amable, y, quitándose el sombrero de tres picos, hizo un reverente saludo. El señor, majestuoso, se lo

devolvió; la señora le sonrió graciosamente. Pero estaba de Dios que el sacerdote no podía marchar de una vez, porque no había cruzado aún la plaza cuando tuvo un nuevo encuentro. Fue esta vez con una mujer muy alta, de unos treinta años de edad, que representaba por lo menos cincuenta, de cabellos escasos, cara aplastada, morena, amarillenta, y que, destrozada, agotada por su duro trabajo, vacilaba bajo el peso de un haz de leña que llevaba a cuestas. -Palmira -preguntó él - ¿por qué no ha ido a misa en un día tan señalado como el de todos los santos? Eso está muy mal. La mujer gimió. -Es verdad, señor cura. Pero ¿cómo me iba a arreglar? Mi hermano tiene mucho frío; en casa nos estamos helando; así es que he tenido que ir a buscar esta leña. - ¿Y la Grande sigue tan firme y dura como siempre? - ¡Ah, sí! Preferiría morir antes que darnos un bocado de pan. Y con voz doliente repitió su historia; que la abuela los echó a la calle y que tuvo que ir con su hermano a albergarse en un establo abandonado. El pobre Hilario, tonto, con la boca torcida a causa de una enfermedad, sin malicia alguna, a pesar de sus veinte años, era idiota y nadie quería darle trabajo. Ella trabajaba para él, hasta matarse, y tenía para aquel enfermo cuidados apasionados y una valerosa ternura, verdaderamente maternal. Al escucharla, la faz abotagada y sudorosa del padre Godard se transfiguraba y adquiría una expresión de bondad infinita. Sus ojillos, siempre furiosos, se embellecían, retratándose en ellos la caridad; su enorme boca adoptaba una elocuente expresión de dolor. El terrible gruñón, siempre dispuesto a violencias de lenguaje y de modales, sentía pasión por los pobres; les daba todo su dinero y su ropa, hasta el punto de que era imposible encontrar en toda la Beauce un cura que llevase una sotana más raída y remendada. Se registró los bolsillos apresuradamente y entregó a Palmira una moneda de cien sueldos. -Tome y escóndala, que no llevo más para los otros... Tendré que hablar nuevamente a la Grande, ya que la picara es tan mala. Y echó a correr. Al otro lado del Aigre comenzó a jadear, pero, por fortuna, el carnicero de Bazoches-le-Doyen, que volvía al pueblo, le hizo subir en su carricoche, y desapareció allá a lo lejos, sacudido por el movimiento del vehículo, destacando en el fondo azul sucio del cielo la silueta de su sombrero de tres picos. Entre tanto, la plaza de la iglesia se había quedado desierta. Fouan y Rosa marcharon a su casa, donde ya los estaba esperando Grosbois. Un poco antes de las diez, Delhomme y Jesucristo llegaron a su vez; pero en vano esperaron a Buteau hasta las doce. Aquel demonio no podía ser nunca puntual. Sin duda se habría detenido en cualquier parte para almorzar. Se trató de no esperarle y pasarse sin él; luego, el vago temor que inspiraba por su mala cabeza, hizo que se decidieran a hacer el sorteo después de comer, a eso de las dos de la tarde. Grosbois, que aceptó un pedazo de jamón y una copa de vino, acabó una botella y empezó otra y entró en su estado habitual de embriaguez. A las dos no había aparecido tampoco Buteau. Entonces Jesucristo, influido por la necesidad de paseo y diversión que sentía todo el pueblo en un domingo que era fiesta tan solemne, se fue a dar una vuelta por casa de Macqueron y asomó la cabeza a la tienda; el resultado fue bueno; la puerta se entreabrió bruscamente y apareció Becu gritando: - ¡Ven, mala persona; te convidó a una copa! Se había estirado más porque a medida que se emborrachaba aparecía siempre más correcto y digno. Una fraternidad de viejo soldado borracho, cierta secreta simpatía, le arrastraba hacia el cazador furtivo; pero evitaba confesarlo cuando se hallaba en el ejercicio de sus funciones, con la placa de su oficio de guarda forestal, y siempre dispuesto a encarcelarlo si le sorprendía en flagrante delito, aunque su corazón tuviese que luchar con la idea de su deber. En la taberna cuando estaba borracho, le trataba como a un hermano querido. - Un trago, ¿quieres? ¡Y qué demonio, si los beduinos nos fastidian, les cortamos las orejas y se acabó! Instaláronse junto a una mesa y jugaron a las cartas, disputando a voz en cuello, en tanto que los cuartillos de vino desaparecían como si fueran de agua. A un extremo de la taberna, Macqueron, callado, con su abultada y bigotuda cara muy seria y muy grave, se entretenía en cruzar y descruzar las manos. Desde que había conseguido ganar una fortunita que le producía buena renta, especulando en vinos de Montigny, se había vuelto perezoso; no hacía más que cazar, pescar y darse la vida de un burgués rico, y seguía siendo muy sucio y vistiendo guiñapos, en tanto que su hija Berta arrastraba las colas de tres vestidos de seda. Si su mujer le hubiese hecho caso, habrían cerrado la tienda de ultramarinos y la taberna, porque era vanidoso y sentía ambiciones sordas e inconscientes todavía pero su esposa tenía un afán desmesurado de lucro, y él no se ocupaba de nada, pero la dejaba que despachase copas de aguardiente, para fastidiar a su vecino Lengaigne, que tenía el estanco y, al mismo tiempo, despachaba vino. Entre los dos existía una rivalidad antigua, jamás extinguida y siempre dispuesta a estallar. Había, sin embargo, semanas durante las cuales vivían en paz. Precisamente en aquel momento entró Lengaigne con su hijo Víctor, muchacho muy alto y desgalchado, que debía entrar en quintas al año siguiente. El padre, muy alto también, con una cabeza pequeña colocada sobre unos hombros huesudos, había seguido siendo labrador y cuidaba sus tierras, mientras su mujer despachaba tabaco y vino. Lo que le daba cierta importancia en la comarca era que afeitaba y cortaba el pelo a la gente del pueblo, oficio que había aprendido en el servicio militar, y que entonces ejercía en su casa o a domicilio, según el gusto o la exigencia de sus parroquianos. - ¿Qué hay? ¿Nos afeitamos hoy, compadre? -preguntó desde la puerta. - ¡Toma! ¡Es verdad que te dije que vinieses! -Exclamó Macqueron -. ¡Sí, hombre, sí, ahora mismo si quieres! Descolgó una bacía vieja y cogió

jabón y agua tibia, mientras el otro sacaba del bolsillo una enorme navaja de afeitar que parecía un cuchillo de cocina, y empezaba a afilarla en una correa. En la habitación contigua se oyó una voz chillona. - ¡Eh! ¿Qué es eso? - gritaba Celina -. ¿Va a hacer esas porquerías en la misma mesa en que se bebe? ¡No quiero que en mi casa encuentren los parroquianos pelos en los vasos! Era aquél un ataque a la limpieza de la taberna vecina, donde, según decía ella, se comía más pelos que vino se bebía. - ¡Vende sal y especias y déjanos a nosotros en paz! - respondió Macqueron, molesto por aquella salida de tono, habiendo gente delante. Jesucristo y Becu se echaron a reír. - ¡Eh, burguesa! - gritaron. Y le pidieron otro jarro de vino, que ella les sirvió, furiosa, aunque sin decir palabra. Ellos estrujaban las cartas, las tiraban violentamente encima de la mesa, como si así quisieran pegarse e insultarse. - ¡Esa baza es mía! - ¡Y ésa, mía! - ¡Ahora yo! Lengaigne había untado de jabón la cara de su parroquiano y cogió ya la punta de la nariz para comenzar la operación de afeitarle, cuando Lequeu, el maestro de escuela, abrió la puerta. - ¡Buenos días, señores! Se quedó en pie, silencioso, delante de la chimenea. calentándose los riñones, en tanto que el joven Víctor, colocado detrás de los jugadores, seguía absorto y con el mayor interés los incidentes del juego. - A propósito -dijo Macqueron, aprovechando un minuto en que Lengaigne limpiaba la navaja en un trapillo que le había puesto en el hombro -; el señor Hourdequin me ha vuelto a hablar del camino... Es preciso decidirse. Se refería al famoso camino vecinal entre Rognes y Chateaudun, que acortaría la distancia entre los dos puntos lo menos en dos leguas, porque entonces los carruajes tenían necesidad de dar la vuelta por Cloyes. Naturalmente, para la granja era de grandísimo interés esta nueva vía, y el alcalde, deseando conquistar los votos del ayuntamiento, contaba con el secretario, que también se hallaba interesado en que se diera al asunto pronta solución. Se trataba, en efecto, de unir el camino con la carretera general, lo cual facilitaría a los carruajes el acceso a la iglesia, a la que no se podía llegar entonces más que por veredas y senderos que parecían hechos para que trepasen por ellos las cabras. El trazado en proyecto pasaba por la callejuela en rápida pendiente entre las dos tabernas. Bastaría con ensancharla un poco y disminuir algo la pendiente y los terrenos del abacero, que cambiarían así de condición y valdrían diez veces más. - Sí -continuó - parece que el gobierno espera, para ayudarnos resueltamente a que lo votemos... ¿No es verdad que tú sabes algo de eso? Lengaigne, que era concejal, pero no poseía ni siquiera un mal huerto detrás de su casa, respondió: - ¡A mí me tiene sin cuidado! ¿Qué me importa ese camino, ni la carretera, ni nada? Y emprendiéndola con la otra mejilla de su parroquiano, a quien raspaba con la navaja de afeitar como si la estuviera pasando por un pellejo, empezó a hablar mal de la granja. ¡Ah! Los malditos burgueses eran peores que los señores feudales de otros tiempos. ¡Sí, se habían quedado con todo al repartir, no hacían las leyes más que en su propio beneficio, y sólo vivían de la miseria de los pobres! Todos le escuchaban inquietos, pero satisfechos, en el fondo, de que se atreviese a hablar de aquella manera, exponiendo el odio secular del campesino contra los poseedores de la tierra. - Gracias a que estamos aquí solos - murmuró Macqueron, lanzando una mirada inquieta al maestro de escuela -. Yo, por mi parte, soy amigo del gobierno... y de nuestro diputado el señor de Chedeville, que, según parece, es muy partidario del emperador. Al oír esto, Lengaigne agitó furiosamente su navaja de afeitar: - ¡Otro pájaro!... Pues qué, un ricacho como él, que posee más de mil hectáreas en la parte de Orgeres, ¿no debía regalárnosla para que hiciésemos el camino, en vez de sacar dinero al ayuntamiento? ¡Mal bicho! Pero el abacero, aterrado aquella vez, protestó: - No, no; es muy honrado y poco orgulloso. ¿Quién sino él, te ha dado el estanco? ¿Qué dirías si te lo volvieran a quitar? Calmado de pronto, Lengaigne siguió rapándole la barba. Había ido demasiado lejos; su mujer tenía razón al decirle que sus ideas le darían algún disgusto. Empezó entonces una disputa entre Becu y Jesucristo. El primero tenía mal vino y le daba por pelearse, mientras el segundo, que era un ganapán terrible cuando estaba en ayunas, se iba enterneciendo más a medida que bebía, y cuando estaba borracho parecía un apóstol. A esto había que añadir su diferencia radical de opiniones; el cazador furtivo, republicano o rojo, como se decía, se vanagloriaba de haber hecho bailar el rigodón a los burgueses en 1848; el guarda rural, de un bonapartismo feroz, adoraba al emperador, a quien pretendía conocer. - ¡Yo te juro que sí! Hemos comido juntos una ensalada de arenques. Él me dijo: “Ni una palabra; soy el emperador...” Le reconocí bien por haber visto su efigie en las monedas. - ¡Un canalla completo, que pega a su mujer y no ha querido jamás a su madre! - ¡Cállate o te rompo la cabeza! Quitaron de las manos de Becu el vaso que levantaba ya, mientras Jesucristo, con los ojos húmedos, esperaba el golpe con sonriente resignación; y se pusieron otra vez a jugar con la mayor fraternidad. Macqueron, a quien turbaba la afectada indiferencia del maestro de escuela, acabó por preguntarle: - Y usted, señor Lequeu, ¿qué dice? Lequeu, que se estaba calentando las manos en el cañón de la estufa, sonrió agríamente, como un hombre superior a quien su posición impone silencio. - Yo no digo nada; me importa un ardite todo eso. Entonces Macqueron metió la cara en un lebrillo lleno de agua y dijo, mientras se secaba: - Pues bien, escuchad: yo quiero hacer algo... Sí, voto a..., y si resuelve lo del camino, doy mi terreno de balde. Aquella declaración los dejó a todos estupefactos. Hasta Jesucristo y Becu, a pesar de su borrachera, levantaron la cabeza. Reinó el silencio, y todos le miraron, como si se hubiera vuelto loco de repente. Estimulado por

el efecto producido y con las manos temblorosas, Macqueron prosiguió: - Daré media tahulla... ¡Lo dicho! Lengaigne se marchó con su hijo Víctor, exasperado por la prodigalidad de su vecino; aquella tierra no le costaba casi nada; bastante había robado. Macqueron, a pesar del frío, cogió la escopeta y salió a ver si encontraba un conejo que había visto el día antes en su viña. No quedó nadie en la taberna más que Lequeu, que pasaba allí los domingos sin beber nada, y los dos jugadores empedernidos, con la nariz metida entre los naipes. Transcurrieron dos horas, durante las cuales entraron y se marcharon otros campesinos. A eso de las cinco, una mano brutal empujó la puerta y apareció Buteau seguido de Juan. En cuanto vio a Jesucristo, gritó: - Habría apostado cien sueldos... ¿Te estás burlando de nosotros? Estamos esperándote. Pero el borracho contestó: - ¡Está bueno eso! Yo soy quien te está esperando... desde esta mañana. Buteau se había detenido en la Borderie, donde Santiaguilla, a la que, desde que tenía quince años, tumbaba entre los trigos y sobre los montones de paja, le había retenido para comer unos asados con Juan. Habiendo ido Hourdequin a almorzar a Cloyes, al salir de la misa, los muchachos, que habían vuelto solos, se encontraron a sus anchas hasta muy tarde. Becu dijo que él pagaba los cinco litros, pero que había que continuar la partida; mientras que Jesucristo, que se había levantado con trabajo de la silla, seguía a su hermano, riendo solo y con los ojos anegados en dulce expresión. - Espera allí -dijo Buteau a Juan -y dentro de media hora ven a buscarme... Ya sabes que comes conmigo, en casa del padre. Cuando los dos hermanos entraron en la sala de los Fouan, estaban ya todos reunidos. El padre, en pie, con la cabeza baja; la madre, sentada cerca de la mesa del centro, haciendo calceta; frente a ella, Grosbois, que había comido y bebido tanto que estaba medio dormido, mientras que más lejos, en dos sillas bajas, Fanny y Delhomme esperaban pacientemente. Y, cosa rara, en aquella habitación ahumada, además de los pobres y viejos muebles y de los utensilios gastados por la limpieza, había una hoja de papel blanco, un tintero y una pluma en la mesa al lado del medidor y cerca de un sombrero negro, monumental, enrojecido de recibir durante diez años la lluvia y el sol. Caía la noche, y por la estrecha ventana penetraba una luz dudosa, que daba al sombrero un relieve extraordinario con sus alas caídas y su forma de urna. Pero Grosbois, siempre en su negocio a pesar de su borrachera, dijo: - Ya estamos todos... Os decía que el acta está preparada. Ayer pasé por casa del señor Baillehache, que me la mostró. Solamente están en blanco los números de los lotes, a continuación de vuestros nombres... Vamos a arreglar esto, y el notario no tendrá más que inscribirlos, para que podáis firmar el acta el sábado. Irguióse un poco, alzando la voz. - Voy a preparar las papeletas. Con brusco movimiento aproximáronse los hijos, sin tratar de ocultar su desconfianza. Vigilábanle, estudiaban sus menores gestos, como si fuera un prestidigitador capaz de escamotearles su parte en la partición. Grosbois, con sus temblorosas manos de borracho, había cortado en tres pedazos la hoja de papel; luego en cada uno escribió un número, 1, 2, 3, muy marcado. Todos seguían por encima de sus hombros el movimiento de la pluma; hasta el padre y la madre inclinaban la cabeza, satisfechos de comprobar que no había trampa posible. Las papeletas fueron dobladas lentamente y echadas en el sombrero. Reinó un silencio solemne. Al cabo de dos minutos, Grosbois dijo: - Hay que decidirse... ¿Quién de vosotros comienza? Nadie se movió. Las sombras iban siendo cada vez más densas, y el sombrero parecía crecer en ellas. - Por orden de edad, ¿queréis? -propuso el medidor -. Tú, Jesucristo, que eres el mayor. Jesucristo avanzó dócilmente, pero perdió el equilibrio, y tuvo que apoyarse. Había metido la mano en el sombrero con un esfuerzo violento como para levantar una gran piedra. Cuando cogió la papeleta, se acercó a la ventana. - ¡Dos! -exclamó, encontrando, sin duda, muy graciosa aquella cifra, porque soltó la carcajada. - Ahora tú, Fanny -dijo Grosbois. Cuando Fanny tuvo la mano en el fondo, no se apresuró mucho. Movía las papeletas, las palpaba y parecía querer pesarlas. - Está prohibido escoger -le dijo furiosamente Buteau, que había palidecido al escuchar el número sacado por su hermano. - ¿Y por qué no? No miro, y bien puedo tocar. - Bah -murmuró el padre -. Tan pesado es un papel como otro. Al fin se decidió Fanny y corrió a la ventana. - ¡Uno! - El tres es de Buteau -añadió Fouan -. Sácalo, hijo mío. En la creciente oscuridad no se había podido observar la descomposición del rostro del joven. Su voz estalló colérica: - ¡Jamás! - ¡Cómo! - Si creéis que acepto, os equivocáis... El tercer lote, ¿no es eso? ¡El malo! Bien claro os he dicho que quería partir de otro modo. ¡No, no! Os burláis de mí... ¿Creéis que no veo claro en vuestras maniobras? ¿No era el más joven el que debía sacar el primero? No, no lo saco. El padre y la madre le miraban gesticular con pies y manos. - ¡Pobre hijo! Te vuelves loco -dijo Rosa. - ¡Oh madre! Bien sé que jamás me ha querido. Usted sería capaz de arrancarme la piel para dársela a mi hermano... Fouan le interrumpió duramente: - ¡Basta de tonterías! ¿Lo tomas, sí o no? - Quiero que se comience otra vez. Hubo una protesta general. Jesucristo y Fanny apretaban su papeletas, como si alguien tratara de quitárselas. Delhomme declaraba que el sorteo se había hecho honradamente, y Grosbois, muy ofendido, hablaba de irse si se sospechaba de su buena fe. - Entonces quiero que padre añada a mi parte mil francos. El viejo, aturdido un momento, irguióse y se adelantó, terrible. - ¿Qué dices? ¿Quieres asesinar me, mal bicho? Aunque derribaran la casa no se encontrarían. ¡Toma la papeleta, o no tendrás nada! Buteau, muy duro de cabeza, no retrocedió ante la ira de su padre. - ¡No!

Volvió a reinar un embarazoso silencio. Entonces estorbaba el enorme sombrero con aquella papeleta que nadie quería coger. El viejo la sacó gravemente y fue a la ventana a leerla. - ¡Tres!... Tú tienes el tercer lote, ¿oyes? El acta está preparada, y el señor Baillehache no cambiará ni una letra... Y puesto que duermes aquí, te doy la noche para reflexionar... Ea, esto se ha acabado; no hablemos más. Envuelto en las sombras, Buteau no contestó. Los demás aprobaron, mientras la madre se decidió, al fin, a encender una luz para poner la mesa. En aquel momento Juan, que venía a reunirse con su compañero, percibió dos sombras enlazadas, mirando desde la calle lo que hacían en casa de los Fouan. Comenzaba a nevar. - ¡Oh señor Juan -dijo una voz dulce -nos ha asustado! Entonces él reconoció a Francisca, muy arrebatada. Estrechábase contra su hermana Elisa, pasándole un brazo por la cintura y apoyando la cabeza en su hombro. Las dos hermanas se adoraban y siempre se las encontraba juntas de aquel modo. Elisa, más alta, con su aspecto agradable a pesar de sus pronunciadas facciones y del abultamiento de toda su persona, parecía gozosa en la desgracia. - ¿Españabais? -preguntó Juan alegremente. - ¡Diablo! -contestó ella sin ocultarlo - -. Creo que me interesa lo que sucede ahí dentro... ¡Sabe Dios si esto decidirá a Buteau! Francisca, con gesto cariñoso, puso su mano en el inflado vientre de su hermana. - ¡Si esto es decente!... ¡El cochino! Acaso cuando tenga sus tierras pretenderá a una muchacha más rica. Pero Juan les dio esperanzas; la partición debía estar concluida ya y se arreglaría lo demás. Luego, cuando les dijo que cenaba con los viejos, Francisca añadió al marcharse: - ¡Ah, bueno! Le volveremos a ver en seguida. Vendremos a la velada. Él las vio perderse en la oscuridad. La nieve iba espesando y sus faldas parecían ocultarse tras un velo blanco. (*flint 0115*).

## **Audiolibro La Tierra Mile Zola** **Sinopsis Y Cap Tulos 1 Al 4**

**>>>Haga Clic Aquí<<<**

**<https://Ensayo.icu>**